

Diana S. Rabinovich

SEXUALIDAD
Y
SIGNIFICANTE

306.4
R1161



Manantial

INTRODUCCION

“El inconsciente está estructurado como un lenguaje” es el axioma a partir del cual Lacan produce su retorno a Freud, retorno que comienza con la jerarquización de tres obras a menudo descuidadas de éste, *La interpretación de los sueños*, *La psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste en su relación con el inconsciente*. Sin embargo, toda la obra de Freud es recorrida por Lacan y, precisamente, a partir de este mismo axioma. Axioma exterior al discurso freudiano, lo fecunda de manera inédita. Axioma fundado en referencias ajenas a Freud —la lingüística, la lógica, la matemática, la antropología estructural— y en una experiencia clínica inicial harto diferente de la freudiana. Tal como Lacan mismo lo señala,¹ su llegada al campo del psicoanálisis se lleva a cabo desde una experiencia de psiquiatra, que culmina en su tesis de doctorado sobre la paranoia de autopunición, experiencia en la que encuentra en primer término los escritos de los psicóticos, así como Freud encontró las *Memorias* de Schreber, lo cual lo encaminó hacia una experiencia de lectura. Lacan indica que, en cambio, el punto de partida de la experiencia freudiana fue la histeria. Este punto de partida se observa también en la introducción de conceptos psiquiátricos que sufren un procesamiento particular a la luz del axioma en discusión (ejemplo de ello es la transformación que sufre el automatismo mental de Clérambault en el Seminario III).

En el “Discurso de Roma”, punto a partir del cual Lacan fecha su enseñanza, explícitamente señala que su intento es rectificar el abandono realizado por el psicoanálisis post-freudiano del fundamento de la palabra.

Esta referencia polémica es constante en Lacan; discute con Freud, contra sus contemporáneos sobre todo, y ninguno de los desarrollos del psicoanálisis escapó a su examen.

Recuperar el fundamento de la palabra en la experiencia analítica es inseparable de tratar de recuperarla de la "degradación" sufrida tras la muerte de Freud. Lacan es taxativo: la teoría del inconsciente de cada analista decide acerca de su "técnica", sépalo éste o no.

A partir de este axioma puede recorrerse de modos diversos la enseñanza entera de Jacques Lacan. Necesariamente debemos definir un ángulo de enfoque que nos permita operar ciertos recortes que consideramos válidos. Evidentemente, las posibilidades son muchas y cada una de ellas tiene su propia pertinencia.

Hemos elegido como hilo conductor la articulación, a lo largo de la enseñanza de Lacan, del inconsciente estructurado como un lenguaje y sus leyes, la metáfora y la metonimia, con el problema de la sexualidad. Ambos se relacionan y se modifican mutuamente.

Dividiré este trabajo en cuatro Capítulos en función de la articulación recién propuesta:

- I. La palabra, la muerte y la ley de la alianza;
- II. Estructura del lenguaje del inconsciente y complejo de castración;
- III. Lógica del *Uno* y gramática de la pulsión;
- IV. Lo real de la lengua y ~~La~~ Mujer.

Obviamente, muchos puntos no podrán ser tocados y otros serán quizá apenas mencionados. Sin embargo, creo posible establecer un trayecto que permita trazar, más que las importaciones de Lacan de otras disciplinas o su articulación detallada con textos freudianos —salvo ciertas excepciones—, un recorrido que dé cuenta de un punto de conflicto en la obra de Lacan, punto al que vuelve en forma reiterada y al que plantea y responde de maneras diversas. Lo que sigue no es pues un intento de hacer una historia del pensamiento de Lacan, sino de señalar la polémica interna que se suma a la externa. Podemos definir dicho punto como la dificultad para articular la sexualidad tal como la descubre el psicoanálisis, en el centro mismo del inconsciente, y la estructura de lenguaje que Lacan descubre en él.

CAPITULO I

LA PALABRA, LA MUERTE Y LA LEY DE LA ALIANZA

Tendremos en cuenta en la organización de este capítulo y en la del siguiente la distinción introducida por J. -A. Miller, en su curso de 1981-82,² “Escansiones de la enseñanza de Lacan”, entre dos formas diferentes de desplegarse el axioma “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, cuyo punto de separación reside en el texto “Instancia de la letra en el inconsciente”. Este divide un primer período, que Miller caracteriza como el de leyes de la palabra, y un segundo período que se inicia precisamente con él, el de las leyes del lenguaje.

Los textos centrales de este punto corresponden al período comprendido entre 1953 —“Discurso de Roma”— y “La instancia de la letra”, en 1957, texto donde se produce, aunque parcialmente, el vuelco hacia las leyes del lenguaje. Esto incluye los apartados I, IV y V de los *Escritos*, ya que no examinaremos los textos que Lacan clasifica globalmente como sus antecedentes. Estos textos coinciden con los Seminarios I a III, pues en el IV se comienza a producir un vuelco que culmina en el Seminario V, “Las formaciones del inconsciente”.

A lo largo de toda esta época el concepto de metáfora es usado de modo genérico, incluido dentro de las referencias a la retórica del inconsciente. Recién aparece, junto con la metonimia, hacia el final del Seminario III; examinaremos su uso allí en el Capítulo II.

La función de la palabra y el campo del lenguaje

El título mismo del texto *princeps* del “Discurso de Roma”, “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis”, nos encamina hacia la distinción saussureana entre lengua

y *parole*, tradicionalmente traducida en el campo lingüístico como "habla". Conservaremos, empero, como traducción el término "palabra", pues para Lacan ésta entraña la implicación del sujeto en el campo del lenguaje, la "palabra fundante". En relación a la misma, no decimos en castellano "cumplió con su habla", sino "cumplió con su palabra".

Con la característica torsión que Lacan opera en todas sus importaciones conceptuales, hace del habla, a la que Saussure define como "parte individual del lenguaje",³ concebida desde el ángulo de una psicología tradicional, una acción que compromete al sujeto freudiano, al sujeto del inconsciente y no a un individuo genérico.

La palabra, único medio del psicoanálisis, presencia hecha de ausencia, es desde el inicio interlocución que implica la intersubjetividad, más allá de su dimensión imaginaria a—a'. Esta interlocución entraña un cuestionamiento de la verdad, y éste sólo puede provenir de un sujeto, que llama a una respuesta, que implica al oyente como tal.

Este compromiso de la verdad subjetiva en la palabra es el articulador con el que Lacan diferenciará la palabra plena, verdadera y la palabra vacía. Palabra que es en su plenitud creadora,⁴ que hace surgir a la cosa misma. Palabra que es revelación, no expresión de ninguna realidad inefable, emergencia de verdad.⁵

El campo del lenguaje abreva, como es conocido, en la lingüística estructural, la de Saussure y el Círculo de Praga, pero también se cruza con los mitemas de Lévi-Strauss, y con la retórica, con la cibernética y con dos referencias filosóficas centrales, que aparecen sobre todo en relación al orden simbólico como tal: Hegel y Heidegger.

Ya en el "Discurso de Roma",⁶ Lacan relaciona la oposición de los elementos fonemáticos discriminativos de la lengua con la connotación presencia-ausencia de la alternancia vocálica del fort-da del célebre ejemplo freudiano, designando a dicha oposición presencia-ausencia como "fuentes subjetivas de la función simbólica".⁷

La formalización lingüística y antropológica le parece abrir un camino hacia lo que tempranamente designa como ciencias conjeturales, las verdaderas ciencias del sujeto, en las que no se puede confundir exactitud con verdad, pues la problemática de la verdad es inseparable del sujeto que habla. A la objeti-

vación que se intenta introducir en este campo, Lacan responde con un énfasis certero en la importancia de la subjetividad y en la necesidad de precisar qué clase de subjetividad introduce el descubrimiento freudiano del inconsciente.⁸ Para acercarse a ella la formalización es el camino propuesto.

Quisiera destacar aquí la importancia de una operación realizada por Lacan a nivel de la teoría del estadio del espejo, operación que es una verdadera limpieza del campo psicoanalítico. Me refiero a la distinción tajante que establece entre la agresividad intrínseca a la relación especular y la pulsión de muerte. Esta separación le permite investigar la función simbólica de la "supuesta especulación" freudiana. Creo que la introducción del orden simbólico en Lacan es inseparable de la conjunción de las tres obras sobre las formaciones del inconsciente con la pulsión de muerte y el más allá del principio del placer. De este modo, no es sorprendente que inaugure los *Escritos* el texto de "La carta robada", donde pulsión de muerte y simbólico se conjugan en la insistencia de la cadena significante. Operación que se repite en Lacan, vaciamiento de la significación imaginaria, la agresividad en este caso, para delimitar luego la rigurosidad de la estructura simbólica primero y, más adelante, de la estructura simplemente.

La muerte como Amo Absoluto

La muerte se presenta inicialmente en Lacan desde dos perspectivas diferentes que se articulan de modo particular. Ya mencionamos la primera de ellas, la pulsión de muerte freudiana, que culmina en la primera de las formalizaciones lacanianas, la del juego del par e impar y su relación con un modelo de memoria cibernético. La segunda se nutre en la sólida formación filosófica de Lacan: Hegel, Heidegger, Kierkegaard son mencionados frecuentemente y, en la primera época, sin el aguijón crítico que utilizará más adelante, Sartre.

El ser-para-la-muerte de Heidegger es explícitamente citado en el "Discurso de Roma"; "el límite de la función histórica del hombre", dice Lacan, y cita a Heidegger en lo referente a la muerte: "posibilidad absolutamente propia, incondicional, insuperada, certera y como tal indeterminada del sujeto definido por su historicidad"⁹

Dos páginas después se refiere a Hegel de un modo que muestra la impronta dejada en Lacan por Kojève, a quien siempre reconoció como su maestro, señalando la articulación entre muerte, historicidad y libertad.

La función de la muerte en el orden simbólico es fundamental, incluso en un primer tiempo parece tomar la delantera sobre la sexualidad. En el Seminario I, más allá de la inclusión de la sexualidad en el orden imaginario, las referencias a lo simbólico giran en torno a la muerte.

Siguiendo a Hegel, para Lacan la muerte es fundante de lo humano; la lucha amo-esclavo, de puro prestigio, lucha donde se arriesga la vida independientemente de la necesidad corporal, de la animalidad, es considerada como antropogénica. Aceptación consciente de su muerte, de la finitud que ella entraña, aceptación libre de la misma que culmina a veces en la muerte voluntaria. La libertad fundamental del hombre es la libertad de morir. Imposible no encontrar el eco de esta posición en el ejemplo de la bolsa o la vida del vel alienante del Seminario XI. Incluso Kojève plantea que “la muerte del hombre y su existencia verdaderamente humana son pues, si se quiere, un suicidio”.¹⁰

Lacan reiteradamente define el símbolo como “muerte de la cosa”, como fundado en el par presencia-ausencia, necesitando de la ausencia para su surgimiento. Esto nos remite al tema de la negatividad, que, a través de una conjunción brillante, Lacan, con ayuda de Hyppolite, articulará con la negación freudiana.

La historicidad está determinada precisamente por la finitud y la muerte, y Hegel no acepta una vida más allá, una vida eterna. Nuestro destino se juega en nuestra vida de este mundo y sólo allí. Veremos más adelante cómo este concepto de la historicidad, que implica la realización del sujeto humano dentro del marco de su finitud, influye en el concepto del análisis que tiene en esta época Lacan.

Negatividad y Muerte

“La muerte nos trae la pregunta de lo que niega el discurso, pero también la de saber si ella introduce en él la negación. La negatividad del discurso en la medida en que hace ser a lo

que no es, nos remite a la cuestión de saber qué le debe a la realidad de la muerte el no-ser [ausencia-falta-nada] que se manifiesta en el orden simbólico.”¹¹ Lacan caracteriza a este punto como función de lo simbólico y lo real sin mediación imaginaria.

Recordemos brevemente, siempre siguiendo a Kojève, que la negatividad en Hegel domina el ser del hombre, que su realidad es acto de auto-creación histórica por negación de lo dado en lo inmediato. La negatividad es aquí la acción como historia, no la nada en sí.

La negación freudiana se presenta precisamente como una afirmación bajo las especies de la negación; la creación del símbolo del “no” es fundamental en el mundo simbólico. También se inicia aquí una problemática que volverá muchas veces, la de la función de la negación.

Pero esta negatividad, fundamento del ser en base a la muerte, se une al concepto de acto y acción como simbólico e histórico, que será una constante en la obra de Lacan. Sólo hay acto allí donde hay orden simbólico, vale decir, sujeto hablante.

El deseo de reconocimiento

El deseo de reconocimiento es la culminación de este desarrollo y debe reconocerse que es enteramente ajeno a la obra freudiana. Deseo tomado de Hegel, generado en la lucha a muerte de puro prestigio, cuyo objetivo es que el otro sujeto reconozca al vencedor en tanto sujeto, para lograr así su realización de sujeto.

El deseo humano, para ser considerado como tal, debe, según Hegel, no recaer sobre ningún objeto natural; su objeto es el deseo tomado como objeto, otro deseo, que revela así un vacío, la presencia de una ausencia.

El deseo humano es pues fundamentalmente deseo del deseo del otro, e incluso cuando se dirige a un objeto natural se encuentra mediatizado, porque el deseo del otro recae sobre el mismo objeto.

Debe, sin embargo, ganarle a la tendencia a la conservación de la vida, debe ser riesgo asumido de la muerte que se juega en el enfrentamiento de dos deseos: lucha a muerte de puro prestigio cuyo fin es el reconocimiento del otro.

Es innegable la perdurabilidad, con matices como veremos, de esta concepción en Lacan; el deseo de deseo, estará siempre presente en su enseñanza, se reconoce su impronta en el estadio del espejo y perdura en el deseo del Otro transformado.

“(...) el deseo del hombre es el deseo del otro (...) su objeto primero es ser reconocido por el otro.”¹²

Pero aquí comienzan las diferencias, ya en esta primera teorización de lo simbólico, la palabra permite la mediación, el acuerdo simbólico; es reconocimiento, es pacto, pacífica la lucha —imaginaria— del prestigio, que culmina necesariamente en la muerte real que, como tal, elimina la posibilidad del reconocimiento.¹³

El deseo se hace reconocer en la experiencia intersubjetiva, allí reside su humanización, en el reconocimiento de su particularidad, allí se sitúa el punto de humanización, el “lenguaje primero” que capta el deseo.¹⁴

El psicoanálisis introduce empero una modificación sustancial, que Lacan denomina la fórmula del lenguaje humano: “comunicación donde el emisor recibe del receptor su propio mensaje invertido”.¹⁵

Sutil e irónica transformación de la teoría de la comunicación gracias a los conceptos de palabra y de deseo de reconocimiento, deseo que difícilmente pueda ser considerado como una información. Es más bien un don, don que las primeras palabras de reconocimiento presiden, don superfluo cuyo modelo es el *potlatch*, dones que son símbolos y, por ende, pacto, aunque más no sea en lo referente al significado.

Esta fórmula produce un doble vuelco: “el sentido del discurso reside en quien lo escucha, de su acogida depende *quién* lo dice”.¹⁶ Determinación del sujeto por el Otro, cuyo “poder discrecional” deberá usar con discreción y prudencia el analista.

Este Otro es otro sujeto. Basta examinar los ejemplos, ya clásicos, que da Lacan: las fórmulas del “tú eres mi mujer” o “tú eres mi maestro”, que definen retrospectivamente al emisor como “marido” o como “discípulo”. El sujeto depende pues en su constitución de sujeto de la mediación de la palabra, encarnada en Otro sujeto, garante de la buena fe.

Lacan señala que esto implica extraer la palabra del campo del lenguaje y que gracias al mundo del símbolo donde otros

hablan, el deseo humano es susceptible de la mediación del reconocimiento.¹⁷

El reconocimiento del deseo, logrado gracias a la mediación del lenguaje y la palabra, integra auténticamente al sujeto humano en el plano simbólico y allí reside su *satisfacción propia*.

Sexualidad y reconocimiento

En la palabra verdadera el sujeto es pues reconocido por el Otro, y para lograr este reconocimiento necesariamente debe primero reconocer al Otro como capaz de reconocerlo (Fides). La palabra, pues, funda la posición de ambos sujetos e implica la reciprocidad. Este Otro es caracterizado como un Otro irreductible, absoluto, de su existencia depende el valor de la palabra que reconoce al sujeto. Ese Otro, punto fundamental que separa ya a Lacan de Hegel, "es reconocido no conocido".¹⁸ En función de esta estructura Lacan puede definir el inconsciente como el discurso del Otro.

Una de las facetas de esta legalidad simbólica del reconocimiento, como ya lo indica el ejemplo del "tú eres mi mujer", corresponde a la dimensión de la sexualidad.

El objeto para Lacan, igual que para Hegel, siempre surge como objeto de deseo del otro, pues ese deseo es su patrón de medida. A este nivel el deseo se ve reducido al circuito imaginario $\bar{a}-a'$ del esquema L, mientras que el deseo de reconocimiento se inscribe en el vector $\bar{S}A$ del mismo esquema. En el Seminario I, Lacan claramente ubica a la libido del lado de lo imaginario. En dicho seminario, por ejemplo, pulsión de muerte y simbólico forman una pareja que se opone a la dupla libido-imaginario. La plena satisfacción, sin embargo, sólo se logra cuando el deseo, más allá de los fantasmas imaginarios del estadio del espejo, se realiza al adquirir su pleno estatuto en el reconocimiento.

Pero, a nivel de la "genitalidad", de la asunción del propio sexo, la normativización de la posición del sujeto humano depende de una ley fundamental, de una ley de simbolización, cuyo nombre es el complejo de Edipo. Este es relacionado con la ley de la alianza de Lévi-Strauss: "reglando la alianza, superpone el reino de la cultura al reino de la natu-

raleza librado a la ley del acoplamiento".¹⁹ Esta ley es inseparable, ella también, de un orden de lenguaje, y sin la ley la sexualidad humana se ve imposibilitada de realizarse.

La sexualidad también está subordinada al reconocimiento simbólico y el Edipo marca los límites de lo que puede conocer el sujeto acerca de su participación inconsciente en las leyes de la alianza. El Edipo es ley simbólica, condición de la asunción de la sexualidad "normativizada" en el ser hablante. En este sentido, el Edipo es a la vez necesario y contingente.

Soporte de la ley simbólica es el Nombre del Padre, del tercero que introduce la ley, por eso "(...) desde los albores de la historia se identifica su persona con la figura de la ley".²⁰

La disimetría que Freud descubrió en el Edipo en los dos sexos depende de una disimetría del significante. Ya en el Seminario III, coincidentemente con el examen de la psicosis de Schreber, Lacan, siguiendo a Freud, sostiene que la simbolización del sexo femenino no existe.

Esta disimetría simbólica introduce la prevalencia de la castración para ambos sexos y marca el comienzo de la importancia del falo en la enseñanza de Lacan, apenas mencionado anteriormente.²¹ El falo y su prevalencia en la castración depende de una disimetría simbólica, pues en lo simbólico mismo no tiene equivalente; en éste punto lo simbólico se presenta como carente de material. La realización "genital" está sometida pues a la simbolización y al reconocimiento.

Podría decirse que existe aquí para Lacan la posibilidad de una relación sexual fundada en lo simbólico del pacto, pese a la disimetría significativa de la castración, que supera y anula la relación narcisista, libidinal, gracias al deseo de reconocimiento que permite el acceso a una "realización genital".

Incluso cabe destacar que en el Seminario III la pregunta sobre el sexo está muy entremezclada con la pregunta sobre la procreación y el padre. La ley de la alianza, la importancia de las filiaciones simbólicas, favorecen este deslizamiento, pese a que la importancia del tema en la psicosis es fundamental. Sin embargo, entre la libido imaginaria y el reconocimiento simbólico de la palabra fundante queda una articulación que la clínica misma cuestiona.

Estructura y cadena significante

He postergado deliberadamente el examen de la noción de estructura pues considero que el mayor interés de la misma se ve realmente en la formulación lograda del automatismo de repetición en el Seminario II y en "La carta robada".

En el Seminario II, Lacan señala que el orden humano constituye una totalidad, a la que denomina universo, pues es característico del orden simbólico el presentarse como universal, formando una "estructura dialéctica que se sostiene, que es completa".²²

En el Seminario III, encontramos un apartado dedicado a la estructura, en la que ésta es netamente definida: "la estructura es un conjunto de elementos que forma un conjunto co-variante".²³

Entre ambas definiciones se registra un cambio fundamental, la sustitución del término totalidad y completud por el de conjunto. Ambas, comparten la concepción de la estructura como la estructura del significante, como estructura simbólica.

La introducción del término conjunto introduce una dimensión que se desplegará en sus matemáticas y en sus construcciones topológicas, es decir, en la vía ya esbozada de la formalización en la que se internan en esta misma época la lingüística y la antropología estructural.

Pero, introduce también la dimensión de la conjetura relacionada con el cálculo de probabilidades y la recién nacida cibernética, a partir de las cuales se construirá la cadena significante y su insistencia.

En el Seminario II, la compulsión a la repetición es identificada con la insistencia de la cadena significante, esencia como tal de la repetición simbólica. Esta dimensión de la repetición es equiparada al más allá del principio del placer —definido como homeostático—, repetición que introduce el carácter mortificante del significante sobre el ser vivo, que lo transforma en ser hablante, llevándolo por un camino que no es el de la adaptación. Esta insistencia de la cadena significante en su articulación como tal es correlativa de la existencia de un topos excéntrico en el que el sujeto del inconsciente freudiano encontrará su lugar, pero cuyo efecto él es. El recorrido del significante determinará pues los efectos de sujeto y ese recorrido depende de la cadena, pues el sig-

nificante por sí solo no significa nada; sus efectos se actualizarán en función de su inserción en la cadena, en la serie de los significantes.

La cadena significativa es pues una dimensión de la memoria que el inconsciente descubre, memoria diferente de la memoria vital, de la del instinto. El ordenamiento mismo de la cadena determina, por su misma distribución al azar, la emergencia de leyes simbólicas que hacen posible o imposible la aparición de determinados signos, según el orden de la secuencia en que éstos se presenten. Los ejemplos del par y el impar, tal como Lacan los desarrolla en el complemento a "La carta robada" son un intento de ejemplificar esta autonomía de la memoria significativa y su legalidad. Esta estructura permite pensar el concepto de sobredeterminación freudiano, que sólo puede ser comprendido en el marco de lo simbólico. La sobredeterminación es determinación significativa y depende de su autonomía, demostrando el equívoco mismo en que se sustenta el término de asociación libre.

El instinto de muerte es la confirmación de la memoria simbólica propia del inconsciente freudiano. Por la inclusión del sujeto en este orden, el objeto como tal está perdido, queda anulado y se hace siervo del símbolo. Este momento de mutación es designado como punto cero del deseo: "(...) la entrada del individuo en un orden cuya masa lo sostiene y lo acoge bajo la forma del lenguaje y sobreimpone tanto en la diacronía como en la sincronía la determinación del significante a la del significado".²⁴

En esta estructura de la determinación simbólica y en las exigencias que ella ordena se sitúa la persistencia irreductible del deseo inconsciente.

El símbolo surge en lo real a partir de una apuesta primera: ¿algo será o no será? En relación a esta apuesta primera, la noción misma de causa se ubica como mediación entre la cadena simbólica y lo real. La apuesta es una noción ubicada en el núcleo de todo cuestionamiento radical del símbolo. A partir del par (-) (+), ausencia-presencia como posibles, se estructura la apuesta. Esto nos introduce en la dimensión del cálculo de probabilidades, e implica que el juego tiene como precondition la pregunta acerca de la presencia y la ausencia, acerca del (+) y del (-). Vemos cómo la estructura misma organiza la pregunta. Una vez que nació la pregunta, el despliegue de

la partida simbólica organiza eso que llamamos sujeto. La probabilidad es un intento de dar una respuesta científica al azar y a su pregunta primera, que es una pregunta acerca del determinismo. Lacan diferencia dos dimensiones en el uso del azar: a) el azar es sin intención y b) tiene ley. El determinismo implica precisamente una causa sin intención, la exclusión de la misma.

Para la física delimitar una ley es delimitar una fórmula significativa, que puede llegar a tener significación, pero que *nadie* usa con esa intención. Lo subjetivo surge en lo real en la medida en que suponemos en él un sujeto capaz de usar el juego significativo para engañar; precisamente esto es lo que está ausente en lo natural, alguien que se sirva del significativo para engañar. En lo natural encontramos lo real como lo que siempre vuelve al mismo lugar.

Allí donde funciona la cadena simbólica, en su articulación surge el cálculo de probabilidades como teoría del azar y la probabilidad fundamental es la del encuentro. Se desplaza pues la preocupación hacia los lugares vacíos (qué surge o no en un lugar, la inexistencia) y surge así una ciencia de la combinación de los lugares como tales, cuyo ordenamiento decisivo es la jugada, que es una forma de escansión. Vemos aquí cómo la estructura significativa conlleva, tempranamente para Lacan, la idea del lugar vacío.

De este modo, tanto en el Seminario II, como en "La carta robada", Lacan introduce para ejemplificar lo antedicho las series de jugadas, con grupos de tres y luego de cuatro, que permiten por su distribución ordenar una legalidad que Lacan equipara a una sintaxis, en la que existen posibilidades e imposibilidades. La subjetividad es definida precisamente como la sintaxis que engendra en lo real la marca significativa, desprendiéndose de lo real una determinación simbólica. Se desprende de lo real pues se trata de una serie absolutamente aleatoria de jugadas, a partir de las cuales se desprende una determinación simbólica. Esta determinación registra toda parcialidad, introduce disparidades y las produce como tales en lo real.

Lacan lo ejemplifica también con la combinatoria binaria de la cibernética, y señala que la misma funciona en lo real, independientemente de toda subjetividad, a través del engendramiento de una sintaxis, pero subraya que se trata precisamente de una sintaxis y no de una semántica.

Este orden simbólico se opone al orden libidinal (lo imaginario, el *moi*), y la máscara de dicho orden es precisamente el instinto de muerte, es la máscara del orden simbólico en tanto no-realizado. Este sigue como no realizado hasta el momento del reconocimiento simbólico.²⁵

Vemos que la ley tiene en Lacan dos caras diferentes. Una se relaciona con lo simbólico de la antropología y la lingüística, el parentesco, la ley humana como ley de filiación y reconocimiento por el otro como sujeto, donde la negatividad funciona como muerte; en la otra lo que predomina es la instauración de una determinación simbólica formal, basada en el par presencia-ausencia, como jugada al azar, que permite el cálculo y el surgimiento de una "sintaxis en lo real".

El concepto del análisis

Quisiera incluir algunos comentarios acerca del concepto del análisis que surge de esta época de la enseñanza de Lacan. Este ya se revela en el título de la primera parte del "Discurso de Roma", "Palabra vacía y palabra plena en la *realización psicoanalítica del sujeto*". Esta formulación es la perfecta contrapartida de la destitución subjetiva de la que hablará Lacan en la Proposición del 67.

La realización subjetiva del sujeto pasa por el acceso a la palabra plena, que lo conduce hacia el reconocimiento de su deseo, donde su objeto es, no el contenido mismo del deseo, sino el reconocimiento como tal. El sentido del síntoma en sí mismo no basta, no lo explica, hasta que se reconoce el deseo allí en juego; sin este reconocimiento, apunta Lacan, la acción analítica sólo puede ser experimentada como agresiva.

El sujeto en análisis, más allá del vacío de su decir, llama a la verdad. La diferencia entre exactitud y verdad es en este punto central. La palabra plena es lo que da valor a la anamnesis como índice y resorte de la cura. Pero en esa anamnesis cuenta sólo la verdad, no la exactitud del recuerdo. La toma de conciencia sólo funciona en la medida en que la verbalización funciona como *epos* acerca del origen del sujeto. El método freudiano es en el fondo la asunción por un sujeto de su historia en tanto constituida por la palabra dirigida al Otro. Por efecto de la palabra, las contingencias del pasado surgen

como necesidades por venir, ella funciona como *après-coup* organizador.

Define al psicoanálisis en el "Discurso de Roma" como cercano a la historia, en la medida en que ambos son ciencias de lo particular. Señala allí que la historización tiene dos funciones: la primaria corresponde a los acontecimientos que se engendran en la escena misma, pero ella ya está escrita; la secundaria hace al hecho de que esos acontecimientos no dejan siempre el mismo tipo de recuerdo en la mente de los hombres, es re-escribir; la Revolución Francesa se inscribe de modo diferente desde el ángulo de la Comuna que desde el de la Revolución de Octubre.

En el análisis, al sujeto "le enseñamos a reconocer su historia como su inconsciente, es decir que lo ayudamos a hacer la historización actual de los hechos que determinaron en su existencia cierto número de 'vuelcos' históricos. Si jugaron ese papel es porque fueron hechos de historia, es decir, como reconocidos en cierto sentido o censurados en cierto orden. (. . .) toda fijación no es más que estigma histórico".²⁶

Aquí Lacan define el inconsciente como "ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por una mentira: es el capítulo censurado".²⁷ Pero la verdad —nos dice— está *escrita* en otra parte:

- en los monumentos: alude así Lacan al cuerpo como lugar de escritura del síntoma histórico que "está estructurado como un lenguaje y se descifra como una inscripción";
- en los documentos de archivos: recuerdos de infancia;
- en la evolución semántica propia de cada sujeto;
- en las tradiciones o leyendas que en forma heroica transmiten su historia.²⁸

Así, la prenda de un psicoanálisis es el advenimiento en el sujeto del poco de realidad que sostiene su deseo, más allá de lo imaginario. Su medio es el acuerdo de la palabra a través de la experiencia intersubjetiva, en la que el deseo se hace reconocer. Culmina así en el "perdón de la palabra" y en la asunción del sujeto de su *moi* como *je*.

Para terminar este punto quisiera puntuar cuál es la propuesta de Lacan para el analista, para rescatar a la práctica del psicoanálisis de la degradación en que la sumió el abandonar el fundamento de la palabra.

Su idea es restituir a la interpretación su carácter simbólico. Esto implica que el analista puede jugar con el poder



del símbolo, evocándolo de modo calculado en la resonancia semántica de sus intervenciones. De este modo, para Lacan, se conseguiría, a partir de los efectos simbólicos, una técnica renovada de la interpretación, que restituya a la palabra su poder de evocación. Esto implica que el analista tenga un dominio importante de los recursos de su lengua.

Agreguemos a ello la introducción de la escansión de la sesión, "puntuación feliz" como la llama Lacan, que da su sentido al discurso del sujeto y precipita los momentos de concluir.

El lugar fundamental del analista es el del oyente, el A, y su responsabilidad implica tener presente que, desde allí, reconoce o cancela al sujeto. Su silencio es una forma de la negatividad simbólica que permite la puntuación simbólica.

La acción de la interpretación como tal debe apuntar a que el sujeto llegue a ser, dando así respuesta a la pregunta del sujeto acerca de su destino, es decir, de lo que su vida significa.

Como conclusión puede señalarse que toda la clínica en Lacan se ordena en esta época en torno al reconocimiento.

— La locura: es una palabra que ha renunciado a hacerse reconocer, que culmina en un lenguaje sin dialéctica. El Otro en el que la palabra se realiza está excluido;

— La neurosis: es una palabra expulsada del discurso concreto consciente, que encuentra su soporte en las funciones naturales del sujeto, siendo aquí el síntoma el significante de un significado reprimido, pero que a diferencia del psicótico, incluye en el sentido de su cifra el discurso del Otro;²⁹

— La perversión: es un deseo que no osa decir su nombre, se sitúa en el límite del registro del reconocimiento, oscilando entre el anonadamiento del sujeto o el del otro, cuyo ideal no es el reconocimiento subjetivo sino un objeto inanimado.³⁰

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. J. Lacan, "Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse", en *Ecrits*, Seuil, París, 1966.

2. J.-A. Miller, *Escansiones de la enseñanza de Lacan*, Curso 1981-82, inédito.
3. F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, p. 64, Losada, Bs. As., 1961.
4. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre I, p. 267, Seuil, París, 1975.
5. *Ibid.*, Capítulo IV.
6. J. Lacan, "Fonction et champ de la parole. . .", ob. cit., p. 256.
7. *Ibid.*, p. 284-85.
8. *Ibid.*, p. 286.
9. *Ibid.*, p. 318.
10. A. Kojève, "L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel", en *Introduction à la lecture de Hegel*, p. 553, Gallimard, 1979.
11. J. Lacan, *Ecrits*, p. 379-80.
12. J. Lacan, "Fonction et champ de la parole. . .", ob. cit., p. 268.
13. *Ibid.*, p. 279.
14. *Ibid.*, p. 294.
15. *Ibid.*, p. 198.
16. J. Lacan, "Variantes de la cure-type", *Ecrits*, p. 331.
17. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre I, p. 193.
18. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre III, p. 48, Seuil, París, 1981.
19. J. Lacan, "Fonction et champ de la parole. . .", ob. cit., p. 277.
20. *Ibid.*, p. 278.
21. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre III, p. 191-200.
22. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre II, p. 42, Seuil, París, 1978.
23. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre III, p. 207-208.
24. J. Lacan, "La lettre volée", *Ecrits*, p. 47.
25. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre II, p. 375.
26. J. Lacan, "Fonction et champ de la parole. . .", ob. cit., p. 261.
27. *Ibid.*, p. 259.
28. *Ibid.*

CAPITULO II

LA ESTRUCTURA DE LENGUAJE DEL INCONSCIENTE Y EL COMPLEJO DE CASTRACION

Las leyes del lenguaje

La estructura del lenguaje es la estructura que la experiencia analítica descubre en el inconsciente. Esta estructura sufre, como todos los conceptos de Lacan, ciertas modificaciones a lo largo de su enseñanza. Sin embargo, nunca deja de ser estructura de significante, estructura de lenguaje. Esta concepción de la estructura implica un vaciamiento del inconsciente, éste ya no es "sede de los instintos", ni conjunto de significados, continente de heteróclitos contenidos.

La estructura del lenguaje lo preexiste y es su condición, ella estructura al sujeto, que no es más que efecto en lugar de ser su amo. Toda la problemática de la génesis del lenguaje queda así recusada, en la medida en que su adquisición durante el desarrollo evolutivo encubre la presencia ya allí del Otro; el problema se transforma en cómo el lenguaje y su estructura apresan al ser vivo.

"La instancia de la letra en el inconsciente" presenta la estructura de lenguaje del inconsciente de modo paradigmático y se presenta como un texto donde la primacía de lo simbólico, en su cercanía a la lingüística, aparece en su punto máximo en la enseñanza de Lacan.

A partir de la "influencia" de Saussure, Jakobson y Lévi-Strauss, ciertos conceptos quedan firmemente incorporados:

1. La idea del lenguaje como estructura (sistema en Saussure).
2. Cada elemento del mismo, cada unidad, obtiene su valor de acuerdo a su posición en el conjunto, la cual se rige por una combinatoria legal.
3. La noción de signo de Saussure es incorporada con su carácter de arbitrariedad en lo que respecta a la relación significante-significado.

4. Los elementos son elementos diferenciales, todo elemento se define de modo negativo, su característica fundamental "consiste en ser lo que no son otros" dice Saussure. Este último sabemos que es para la lingüística el fonema, tal como lo define el Círculo de Praga. Su definición es entonces negativa y relacional, fundándose en el principio de oposición, o sea, en la pura diferencia.

El algoritmo saussureano del signo $\frac{S}{s}$ se incorpora al psicoanálisis y se transforma en una referencia permanente de la obra de Lacan, en parte de su álgebra, algunas de cuyas vicisitudes intentaremos rastrear. Algoritmo que sufre desde el inicio una inversión (en Saussure el significante se ubica abajo de la barra y el significado arriba) que indica una transformación fundamental: la introducción de la función activa del significante en la determinación del significado, su preeminencia. La función de la barra también se modifica, deviniendo ésta una "barrera resistente a la significación".¹ Barrera que remite a la represión freudiana por un lado y, por otro, a la inexistencia del sentido propio como opuesto al sentido figurado. La participación del significante en la génesis del significado implica precisamente que el concepto mismo de arbitrariedad del signo es insuficiente para lo que Lacan, en función de su experiencia psicoanalítica, comprueba: no hay sentido propio, el inconsciente depósito de sentidos se vacía (por el momento Lacan no diferencia entre sentido y significación).

La represión primaria es consustancial con la inexistencia de un sentido propio, y la barra que la encarna pasa a tachar el Sujeto, $\$$, que ahora se presenta como dividido. La represión primaria es represión de significantes, no de significados. La barra niega al significante la función de representar el significado, la significación no justifica al significante.

Lacan define la estructura del significante como articulada, es decir:

1. Se reduce al fonema como elemento último, mínimo; de acuerdo con el principio diacrítico de Saussure, los fonemas no son sino haces de diferencias, pura diferencia fundada en la oposición. El elemento —fonema— forma parte del conjunto sincrónico del significante. Lacan insistirá siempre en la no esencialidad presente en la definición saussureana;

2. y a las leyes que rigen su combinatoria, desde las de las unidades fonemáticas, pasando por las silábicas, hasta arribar a la gramática, combinatoria cuyo despliegue exige la dimensión diacrónica.

Debemos, empero, tener presente otra dimensión, que emerge ya en el título mismo del artículo: la letra.

La letra, definida como “soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje”² y luego como “estructura esencialmente localizada del significante”,³ retoma la temática presente en torno a ella en “La carta robada”, referida a las relaciones del significante con el lugar, a su *materialidad singular*, a la imposibilidad de su división, que Lacan caracteriza como *odd*, impar. Esta propiedad recibirá posteriormente un amplio desarrollo en torno al tema del Uno y su carácter significante, que culminará en una reflexión sobre la escritura lógica (ver Capítulo IV). Preocupación triple, entonces, por la materialidad, por el lugar y por la unicidad. Preocupación que denota ya una búsqueda que escapa al concepto de estructura estructuralista, y que se basa en la escucha del inconsciente.

Lacan afirma al respecto la necesidad de un sustrato topológico, de un espacio que escape al euclidiano (cuyo primer esbozo es el uso de la noción de pentagrama o de partitura), un espacio cuyo ordenamiento sea soporte del desciframiento del inconsciente. Lugar de la letra que siempre puede vaciarse (recordemos la ciencia de los espacios o lugares vacíos que mencionamos en el Capítulo I), del que el significante puede caer, pues la represión no es más que esa caída misma, el análisis de Lacan de Signorelli así lo demuestra.

Si bien en la letra pueden encontrarse los caracteres del fonema, éste no subsume al concepto de letra, concepto que exigirá el desarrollo de la función de lo escrito en el lenguaje. Referencia también freudiana, a una carta (*lettre*) famosa, la 52 a Fliess, donde el inconsciente se presenta como un sistema de inscripciones sucesivas, o al block mágico.

En la “instancia” freudiana, la letra adquiere su vigencia, le da su razón y funda su insistencia, con una materialidad nueva que es la del significante. Su sostén es la cadena significante, “anillo cuyo collar se cierra en el anillo de otro collar hecho de anillos”,⁴ cuya lectura hoy no puede dejar de evocar

la dimensión de los redondeles de cuerda con que se construirá, años más tarde, la topología de los nudos, no por acción de una intuición genial (innegable) sino por respetar la "necesidad de un discurso".

La dimensión temporal se incluye en la cadena entre anticipación y retroacción, entre el "querer decir" que se adelanta y el sentido que el Otro escande, poniendo fin al mensaje y definiendo su significación. Significaciones que insisten por acción de la cadena y sus escansiones, o sea sus jugadas, que serán el soporte mismo de la consistencia imaginaria, pues el significante, por su parte, siempre puede querer decir otra cosa. La linealidad de la cadena en Saussure no responde a la estructura temporal y espacial del significante que la experiencia analítica comienza a dibujar. Las dos napas, la del significante y la del significado, no fluyen, entre ambas se produce un abrochamiento al que Lacan denominó punto de almohadillado. Punto que marca la dominancia de la letra tal como la muestran la psicopatología de la vida cotidiana o la agudeza.

El lenguaje en psicoanálisis es inseparable de la verdad y su búsqueda, y revela la estructura de ficción de la misma. El punto de almohadillado es inseparable de la puntuación, de la escansión y de la retroacción. Implica como tal la temporalidad que se despliega en el grafo, que Lacan recién introducirá en la primera clase del Seminario V, cuando "La instancia de la letra" ya está publicada. La introducción del punto de almohadillado se hace en el Seminario III y su ausencia en la psicosis es lo que le permite delimitarlo en otras estructuras.

A partir de un análisis de los mecanismos del sueño en Freud, Lacan deduce de ellos una tópica cuya esencia es una retórica, fundada en el algoritmo saussureano, $\frac{S}{s}$, y su transformación en $fS \frac{1}{s}$, es decir, la función del significante en la emergencia de la significación, que se estructura según dos leyes, a las que J.-A. Miller, tal como ya se ha señalado, califica como leyes del lenguaje, que son la metáfora y la metonimia.

Ambas fueron introducidas por Lacan por vez primera en los capítulos XVII y XVIII del Seminario III,⁵ tras leer

una separata que recién había recibido del artículo de Jakobson sobre las afasias.⁶ Hasta ese momento, Lacan apenas menciona la dimensión de la metonimia, a la que, por ejemplo, no tenía presente en el capítulo del Seminario III sobre la alusión y a la que descubre aquí como “subestructura siempre oculta (. . .) que es la condición de toda investigación posible de los trastornos funcionales del lenguaje en las neurosis y en las psicosis”⁷; dice también que “la metonimia está en el inicio de lo que hace posible la metáfora (. . .)”⁸.

La metáfora supone la similitud, la similaridad, pero Lacan señala que ésta sólo depende de la posición (lugar); la comunidad de posición (dimensión sintáctica) permite la identificación, pero luego queda oculta por ella, y si no la tomamos en cuenta descuidamos la consideración de la organización significante. La gavilla puede sustituir a Booz por la comunidad posicional que se establece entre ambos. Esto implica que la metáfora funciona fundamentalmente a través de la sustitución, sobre todo de la sustitución de posición.

La metonimia se inscribe en el orden de las relaciones de contigüidad, de alineamiento, de coordinación sintáctica, caracterizándose por ser el fundamento del realismo literario.

Equipara ya, a diferencia de Jakobson, la metáfora con la condensación y la metonimia con el desplazamiento.

Sin embargo, hay diferencias entre el Seminario III, momento del descubrimiento, y el texto reflexivo de los *Escritos*. En el seminario Lacan habla de transferencia de significado y no de su producción por parte del significante; transferencia que es posible por la estructura del lenguaje, en la cual, ya desde el Seminario I, se señalaba que una significación siempre remite a otra significación.

En estos mismos capítulos Lacan hace una afirmación que luego desmentirá, desmentida que luego probará ampliamente. Señala que todo lenguaje implica un metalenguaje, porque todo lenguaje debe traducirse, y alude a los lenguajes lógico-matemáticos. Recordemos que esta afirmación es solidaria de un momento de su enseñanza en que el Otro se escribe aún A, sin tachar. Su inclusión en este punto se debe a que nos centramos en metáfora y metonimia.

Los ejemplos poéticos de ambos textos son iguales y ya clásicos entre los lectores de Lacan. Sin embargo, las formula-

ciones de los *Escritos* son mucho más precisas y depuradas y culminan en una formalización que permanecerá constante a lo largo de toda la obra de Lacan.

Ambas son introducidas con una referencia al lugar del sujeto en la búsqueda de la verdad y al decir entre líneas que caracteriza el decir inconsciente, que dice su verdad pese a la censura o que la utiliza a su favor para revelarla de todos modos, diciéndola indirectamente.

La metonimia es la conexión palabra a palabra, la metáfora es la sustitución de una palabra por otra. Ambas implican la imposibilidad de la existencia del significante aislado, ambas remiten a la cadena significante en sus atinencias horizontales (sintagmáticas) y verticales (paradigmáticas).

La estructura de la metonimia indica pues la conexión del significante con el significante: $f(S. . S') S \cong S (-) s$, su fórmula lo muestra.

Esta conexión de significante a significante, esta concatenación, es el articulador que permite, punto fundamental en la conceptualización lacaniana, "la elisión, que instala la falta en ser en la relación de objeto utilizando para ello el valor de remisión de la significación para investirlo con el deseo que apunta a esa falla que él soporta".⁹

Falta en ser, es decir, deseo y metonimia hacen uno. ¿Cómo? Mediante la elisión. Detengámonos un momento en este significante que reaparece a menudo en esta época de la enseñanza de Lacan. El *Grand Robert* nos dice: "Acción de elidir: su resultado. Elisión de una vocal antes de una hache muda (...) El apóstrofo la indica (...) La aféresis, el apócope, la elisión y la síncopa constituyen distintos metaplasmas por *supresión*." (El subrayado es nuestro). Pasemos a "*Elider* (del latín *elidere*, expulsar, aplastar). En prosodia: suprimir en la pronunciación o en la cuenta de las sílabas la vocal final de una palabra ante la vocal inicial de la palabra siguiente. Gramática: repite lo dicho en elisión." El término tiene el mismo valor en castellano, donde empero tiene una connotación que nos interesa, aun más explícita, pues además del sentido francés, elidir significa malograr, desvanecer una cosa. Block y Wartburg o el Corominas castellano dan la misma etimología para ambas lenguas: metonimia deriva del griego, estando compuesta por *metá* (cambio) y *ónoma* (nombre), es decir, literalmente, cambio de nombre. Los significados también coinciden y

podemos tomar el que da Casares en castellano: "Tropo que consiste en designar una cosa con el nombre de otra que le sirve de signo o que guarda con ella alguna relación de causa a efecto."

La elisión es pues supresión, desvanecimiento de la cosa en la relación de objeto, es decir, la pérdida de la particularidad de su naturalidad, la negatividad del lenguaje, que anula el objeto, y deja al sujeto cautivo de la remisión incesante de las significaciones entre sí, donde el referente parece perdido para siempre. Efectivamente, si algo distingue a este texto dentro de la obra de Lacan es la casi absoluta ausencia de la referencia al objeto en su relación con el deseo, salvo en tanto perdido.

La falta en ser que es la esencia del deseo, se produce por el atrapamiento del sujeto en la remisión indefinida de significaciones, en la que él, al igual que el objeto, se desvanece. Esa falta la marcan en la fórmula los puntos suspensivos, esbozo del intervalo significante posterior. El sujeto se desliza de un significante que siempre lo envía a otro, en una remisión tan sólo aparentemente infinita. Lacan dará luego cuál será su tope, que hace que el deseo sea siempre, ya, deseo de otra cosa, de "otro nombre", manteniendo de este modo la presencia de la barra que está entre paréntesis, produciendo la insistencia de la significación como alusiva, ya que la alusión es virtud propia de la metonimia. La significación es, efectivamente, en este caso, latente. Funda ese objeto metonímico que huye, que Lacan introduce en la primera clase del Seminario V, y que falta, dijimos, en este texto.

En este simple despliegue de una cadena significante en su concatenación misma, se produce una nivelación, un borramiento, una nivelación del sentido, que, como tal, cuestiona *al valor mismo*. Este es el mensaje propio de la metonimia en la agudeza: determinar la emergencia del *peu de sens*, poco sentido, que indica a su vez el cuestionamiento del valor del código. Cuestionamiento que en nuestra lengua, a diferencia del francés, se inclina a menudo hacia el doble sentido de lo poco sentido y asume el rostro de la impasibilidad, de la ausencia del sentir.

Este cuestionamiento del valor del sentido, se trasluce en esa otra aceptación que Lacan recoge en Freud, por la equiparación entre metonimia y desplazamiento. Traduce el término

alemán desplazamiento como *virement*, que significa transferencia de fondos o también, nuestra lengua otra vez nos ayuda, giro (giro de fondos, giro de lenguaje), indicando que en este sentido usa Freud el término transferencia en la interpretación de los sueños.¹⁰ La transferencia de valor es la operación propia de la metonimia, a la que Freud enfocaba desde el ángulo de la transferencia o desplazamiento del afecto.

Pero, no podemos dejar de señalar que aquí Lacan usa alternativamente la metonimia en dos sentidos, íntimamente relacionados, pero no idénticos. La concatenación significativa, la ubicación en el eje sintagmático horizontal, no es la definición más clásica, sino la de la lingüística; incluso es, podría decirse, la lectura de Jakobson de este tropo. Su sentido tradicional, el que indican los diccionarios, es esa relación causal, de conexión de la parte con el todo, etc., que como tal implica el quiebre del objeto, la presencia del fragmento que asume la representación del todo. Este aspecto de la metonimia es el que se juega en la constitución del fetiche, en la constitución de la fijación perversa, es el fundamento significativo de lo que el psicoanálisis llamó el objeto parcial, incluyendo una de las dimensiones del falo.

La metonimia que es el deseo, es inseparable de la demanda, pero esta articulación se hace posteriormente en Lacan, y la examinaremos en la segunda parte de este capítulo.

La metáfora se funda en la sustitución significativa, produciéndose como efecto de esta sustitución una creación de sentido, es decir, el advenimiento de una significación. Su fórmula es: $f\left(\frac{S'}{S}\right) S \cong (+) s$. El (+) indica la superación de

la barra y su valor para la creación de significación. Esta estructura de sustitución es la del síntoma que, afirma Lacan, es metáfora. La significancia como efecto de significativo se trasunta en la condensación como superposición significativa de la metáfora. La metáfora opera sobre la reserva homonímica y homofónica de lenguaje, produciendo en la agudeza, el "*pas de sens*", que no es el no-sentido, sino lo que podríamos traducir como paso de sentido, cual si dijésemos en castellano, paso de baile o paso de ganso, que apunta al carácter metafórico de todo sentido.

En el síntoma la carne o la función son tomados por el elemento significativo, pero en este caso no opera ni la agu-

deza, ni la poesía, sino la represión, y la significación de la metáfora permanece inaccesible para el sujeto.

Ambos tropos requieren la sanción del Otro, marcando así su diferencia con el nivel imaginario. Así como la metonimia hace a la cuestión de la falta en ser, la metáfora hace al ser. Lacan coloca en el lugar donde se sitúa el (+) que indica la superación de la barra, el paso de sentido, al sujeto mismo, ése es su lugar.

Surge así la reflexión sobre el cogito cartesiano, que citamos pues nos sirve como introducción a nuestra segunda parte: "Ese juego significativo de la metonimia y la metáfora, incluyendo su punta activa que clava mi deseo en un rechazo del significante o sobre la falta en ser y anuda mi suerte a la cuestión de mi destino, ese juego se juega (. . .) allí donde no soy porque no puedo situarme. . ." ¹¹

Hasta aquí este recorrido de "La instancia de la letra"; luego este artículo retoma las tesis que hemos expuesto en el Capítulo I. Habrá que esperar todavía para ver cómo la definición del deseo como metonimia y el síntoma como metáfora conmueven el deseo de reconocimiento y modifican el concepto mismo del análisis.

Deseo y significante fálico

A partir de todo lo hasta aquí expuesto se perfilan dos puntos problemáticos:

1. la ausencia del deseo como sexual, confinado a lo imaginario salvo en lo tocante a su articulación con las leyes de la alianza;
2. su re-definición como metonimia.

Ambos serán resueltos de modo novedoso, a lo largo del, no por nada, nuevo apartado de los *Escritos*, el V, que se abre luego de "La Instancia de la letra".

Esencial es la introducción, en el seminario sobre *Las formaciones del inconsciente*, del grafo, que encontramos en los *Escritos* recién en "Subversión del sujeto", pero que es, sin embargo, el telón de fondo de la mayoría de los artículos que examinaremos. Ya en el grafo las consecuencias de las leyes del lenguaje

se hacen presentes y lo obligan al abandono, no inmediato, del esquema L.

Como lo señaló Miller, el primer efecto de estas leyes del lenguaje es el abandono del concepto del deseo como deseo de reconocimiento, cuyo correlato es la promoción de una concepción de la sexualidad en la que ésta se vincula en forma intrínseca con el sistema significante, a través de un significante que adquiere un privilegio particular: el falo. La sexualidad ya no es deducida del acuerdo simbólico o confinada a lo imaginario. La disimetría significante a la que Lacan alude, como ya se indicó, en el Seminario III, luego de su estudio de la psicosis de Schreber, disimetría que funda la castración freudiana, es examinada en el Seminario IV sobre la relación de objeto, donde Lacan explora y agota los límites del uso clínico del esquema L. Por el camino de la exploración de la perversión, la homosexualidad femenina y el fetichismo, y por el de la fobia de Juanito, comienza a surgir el \mathcal{A} , cuya primera incursión asoma bajo la forma de la castración materna. Juanito por un lado, el fetichista por otro, marcan el surgimiento del falo: cristal significante metafórico que es el caballo, significante comodín de la fobia y el fetiche como metonimia del falo materno, desprendido en el contexto del descubrimiento de la castración materna, a la que conmemora.¹²

Frente a la teoría de la relación de objeto, Lacan propone una teoría del objeto como falta, que se concretiza en las tres formas de la falta que son la privación, la frustración y la castración.

	ACCION	OBJETO	AGENTE
Privación	Real	Simbólico	Imaginario
Frustración	Imaginaria	Real	Simbólico
Castración	Simbólica	Imaginario	Real

El primer objeto que se dibuja aquí es el falo, que Miller¹³ caracterizó como falo metonímico, el falo materno, que puede detectarse con nitidez en la fobia y en el fetichismo, las que por su cercanía con el deseo del A, presentan con claridad la falla de la función paterna. Este falo materno, introduce en la madre, Otro primordial, una dimensión de falta y, por ende, introduce la dimensión de su deseo, más allá del circuito imaginario a—a'. En ese más allá se instala el falo, nuevo patrón de medida de los objetos, nuevo metro patrón del deseo que se presenta ahora como el deseo del A, \mathcal{A} .

El primer Otro simbólico, el de la frustración, que se escribe A, es quien introduce la dialéctica de la demanda. En el grafo, ese A ocupa el piso inicial, se ubica allí en el lugar del código que la necesidad debe atravesar necesariamente para formularse como demanda, es decir, como lenguaje articulado y articulable.

El deseo de reconocimiento se conserva empero aún a nivel de esta dimensión, la de la demanda al Otro, cuyos significantes surgen del código, llevan su sello y modulan la regresión analítica. La renuncia al deseo de reconocimiento no es total, Lacan lo preserva de una manera novedosa dentro del campo de la demanda, cuyo organizador es precisamente un significante privilegiado dentro del A, el significante del ideal del yo, I, que hereda el carácter de pacificación del Otro de la primera época. Aspecto bondadoso y donador del superyó, organiza el circuito del yo especular. Esta preservación corresponde, efectivamente, a una dimensión clínica fundamental de la neurosis. Es Schreber el psicótico quien abre el camino hacia un más allá del deseo de reconocimiento que hará imposible seguir definiendo la psicosis tal como la citamos en el Capítulo I. También lo muestra el análisis de la relación de objeto por otra vía: al acceder a la demanda, sólo acentúa los efectos de insatisfacción e imposibilidad del deseo en la histeria y la obsesión.

El primer rédito de la metonimia es el falo materno, ausente, que hace del falo la marca de una falta que organiza a los objetos "pregenitales" que, parciales y metonímicos ellos también, llevan su sello. Se trata del falo y de los objetos producidos en el lugar del significado, de lo que en la fórmula de la metonimia es el (-) s.

A partir de la fobia y del fetichismo, Lacan estructura, al final del Seminario IV, lo que será la metáfora paterna, aplicación de toda importancia para la articulación que es aquí axial. La metáfora paterna anuda, con una sencillez pasmosa, Edipo, castración, falo, lenguaje y síntoma.

Todo síntoma es metáfora y Freud dijo claramente en *Inhibición, síntoma y angustia*, que todo síntoma tiene como significación el falo y como articulador el complejo de castración. El fracaso en la producción de la metáfora paterna es la clave de la psicosis, es ella la que demuestra que éste es el punto de almohadillado fundamental del ser humano. Este

fracaso explica la ausencia de la significación fálica en la psicosis.

Podría decirse que de una clínica del reconocimiento pasamos a una clínica del falo, por ende, centrada en el síntoma y en las demás formaciones del inconsciente. Clínica que se organiza alrededor de una lógica atributiva del falo: el dilema se plantea entre serlo o tenerlo. La palabra fundante se metamorfosea en la promesa edípica: algún día. . .

Ya no sólo la muerte caracteriza al ser hablante, su finitud, sino una nueva limitación, un nuevo problema: qué es ser sexuado. Cabe recordar aquí que, para Freud, la muerte sólo se inscribía en el inconsciente a través de la castración. Recuperado el fundamento de la palabra, una nueva vuelta a Freud se opera, donde sus "impasses" y logros son puntuados y, a menudo, superados, generando a su vez problemas internos al avance de la enseñanza misma de Lacan.

El inconsciente sigue siendo el discurso del Otro y en el esquema Rho¹⁴ encontramos una elaboración del esquema L, que Lacan introduce también en el Seminario V. Las cuatro puntas del esquema L están inscriptas y definidas de modo diferente a como lo están en el Seminario II. S: ya no es el *ES* freudiano, homófono de la "ese" en francés; es la inefable (no habla) y estúpida existencia cuyo sentido le llega al ser viviente desde el Otro, pues es en el Otro donde se plantea su pregunta. La pregunta que surgía en el Seminario III era doble, concernía al sexo (ser hombre o mujer) y a la contingencia de la existencia (la posibilidad de no ser). Ambas remiten a la función de las profantasías freudianas del historial del hombre de los lobos. La alusión de Lacan en este punto a los fantasmas no es gratuita, sabemos que ellos son una respuesta a la pregunta, como lo muestra el grafo, el cual también nos muestra que el síntoma ocupa asimismo ese lugar.

La novedad del esquema Rho es la inclusión de los tres órdenes: simbólico, imaginario y lo que en esa época Lacan llama realidad, a la que aún confunde con lo real, como él mismo lo aclara en la nota al pie del año 66. Dos ternarios estructuran respectivamente a lo imaginario y a lo simbólico, y sus bases forman los lados del cuadrángulo de la realidad.

A nivel simbólico tenemos la presencia de cuatro significantes que permiten delimitar el Edipo freudiano: A, M, I, y P. Tres de ellos simbolizan, como parte de la batería significante

del Otro, que aún figura sin tachar, los significantes que Lacan llama “del amor y de la procreación”. El otro término simbólico forma el vértice del ternario imaginario, es el sujeto en su realidad y, en tanto tal, forcluido del sistema, que sólo juega como el muerto del bridge, en un juego significativo en el que éstos lo harán significar, es decir, llegar a ser un verdadero sujeto. Este lugar del sujeto como relacionado con el significado ya está presente desde su definición como efecto de la sintaxis de la cadena al azar de los (+) y los (-) del Seminario II, en el Seminario III, y en “Instancia de la letra” al ocupar el lugar del significado, s. No examinaremos en detalle este esquema y su relación con la psicosis, nos limitamos a remitir a lo que al respecto escribimos en otro lado.¹⁵

Interesa subrayar en este contexto la presencia de un nuevo término del lado imaginario, el falo, como la significación fundamental inducida en el sujeto por acción del significante. Este falo tiene un estatus imaginario, es el objeto imaginario del deseo materno. Como significación de ese deseo surge como un efecto de sentido positivo, y si es un (+) de sentido, sabemos que su producción se debe a la acción de una metáfora, de la metáfora por excelencia, la metáfora paterna.

Su producción exige al menos dos significantes aquí presentes: M, significante de la madre como Otro primordial, a cuyo nivel surge la pregunta acerca de su deseo, primer significante, destinado a ser reprimido por acción de la metáfora paterna —Deseo de la Madre—, significante que se esboza en función de su presencia-ausencia. El segundo significante surge como un significante privilegiado en el lugar del Otro, es el significante del Nombre del Padre, cuya temprana aparición en la obra de Lacan vimos en el Capítulo I.

En la metáfora paterna el Nombre del Padre sustituye al Deseo de la Madre, significando así al sujeto como falo.

$$\frac{\text{N. del P.}}{\text{D. de la M.}} \quad . \quad \frac{\text{D. de la M.}}{\text{Significado al sujeto}} \quad \longrightarrow \quad \text{N. del P.} \quad \left(\frac{\text{A}}{\text{Falo}} \right)$$

El significante del Nombre del Padre, significante de la ley, se une al mito del padre muerto de *Tótem y Tabú*, cuya muerte funda la ley misma; el Padre Simbólico es pues el Padre muerto.

Así, metáfora y metonimia producen la significación fálica, en las dos dimensiones que caracterizan a cada una de ellas: el paso de sentido del falo positivo y el poco sentido del falo negativo.

El Nombre del Padre como significante privilegiado en el Otro del significante, como significante de la ley en el Otro del significante, es precisamente el significante forcluido en la psicosis. La forclusión es agujero en el primitivo interior que debe ser concebido como un cuerpo significante, agujero determinado por la exclusión de ese significante privilegiado de la ley que es el Nombre del Padre.

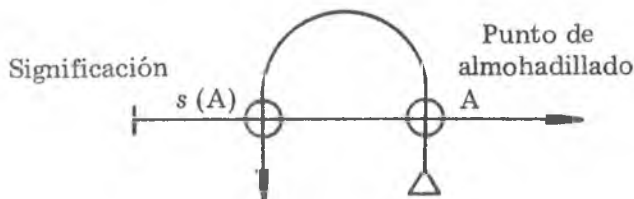
La conclusión que Lacan saca de su estudio de la psicosis culmina en el establecimiento de una diferenciación clave dentro del Otro mismo. El significante “desencadenado en lo real” se funda en la grieta que en lo simbólico abre la forclusión del Nombre del Padre: “El significante que en el Otro, en tanto lugar del significante, es el significante del Otro en tanto que lugar de la ley.”¹⁶ Conclusión presente en la página final de “Una cuestión preliminar”, que introduce en el Otro del significante un agujero en la psicosis debido a la exclusión del significante de la ley. Por eso el paranoico habla, es decir, está inserto en el Otro del lenguaje pero su palabra no necesita reconocimiento, porque el reconocimiento es parte de esa trampa neurótica que es la demanda usada como coartada subjetiva.

Como lo muestra el esquema I,¹⁷ la significación del sujeto sufre una profunda modificación debido a la ausencia de la significación fálica; en su lugar se instala lo que en ese entonces Lacan llama el goce transexualista de Schreber, ese que más adelante definirá como el *pousse-à-la-femme*, empuje-a-la-mujer que es el secreto de la llamada “homosexualidad psicótica”. Si se lee esto bajo la luz del Capítulo IV, puede decirse que La mujer existe en la psicosis.

El examen de las formaciones del inconsciente coincide con la introducción simultánea del grafo y de aquello de lo que da cuenta: la tripartición nueva entre necesidad, demanda y deseo.

La demanda en la enseñanza de Lacan es producto de la crítica al concepto de frustración de la teoría de la relación de objeto. Lacan redefine su concepto a partir de la palabra alemana a la que traduce como ruptura de promesa, traición de la palabra dada por un Otro simbólico.

La demanda es una cadena significativa articulada y articulable, producto del paso de la necesidad por los desfiladeros del significante (punto mítico de origen en que el sujeto es apresado por la estructura del lenguaje para devenir $\$$). El cruce de los dos vectores del grafo ubica dos intersecciones, $s(A)$, significado del Otro, y A , lugar del código. El punto de almohadillado indica cómo el A del código decide el sentido del mensaje imponiendo una escansión, a partir de la cual se produce el vector retrógrado $\overleftarrow{A} s(A)$, que retroactivamente significa la cadena significativa que se despliega de modo anticipatorio.



La demanda implica pues la transmutación de la necesidad en pulsión, tras su paso por el código, y por eso figura en el piso superior, el de la enunciación, como formando parte de la fórmula de la pulsión o tesoro de significantes. A esta articulación nos dedicaremos en el Capítulo III.

La demanda es básicamente demanda de amor, de una presencia o ausencia del A , que son leídas como don de amor. El objeto en el sentido tradicional del psicoanálisis de la época en que Lacan introduce este concepto, se desdobra: por un lado emerge en el objeto real, a entender aquí en su sentido convencional (pero que ya prepara en la estructura el lugar del (a) causa de deseo, real, resto de la demanda), en relación al cual Lacan habla, ya en el Seminario IV, de autoerotismo y, por otro, el objeto "agente", simbólico, el Otro primordial de la presencia-ausencia, cuyo vaivén engendra la pregunta sobre su deseo.

Lacan señala, siempre en el Seminario IV, que cuando la madre no responde al llamado, responde a su arbitrio, con su "capricho de elefante", deja de ser simbólica para devenir una potencia "real", un poder real, que puede privar al sujeto de la satisfacción de la necesidad. Cuando la madre deviene

ese poder real, el objeto se transforma en simbólico. Ese objeto simbólico es objeto de don, de don que es por excelencia el don de lo que no se tiene, el falo ausente de la madre; imaginario en un sentido, es simbólico en la medida precisamente en que a la mujer en lo real nada le falta. Desde ese ángulo la castración materna introduce el falo como simbólico y como objeto del don de amor. La madre deseante es una madre herida en su potencia.

Esta doble dimensión se traduce en una confusión que subyace a todas las teorías de la relación de objeto: 1) la frustración del objeto real, a la que Lacan llama "frustración de goce", no constituye ningún objeto como simbólico, pero menciona el objeto transicional como reacción a la misma e indica que la pulsión se dirige hacia ese objeto real como parte del objeto-agente simbólico de la demanda de amor, aquí también vemos preparado el lugar donde el (a) advendrá en la teoría de Lacan; 2) la frustración de amor se instituye por el llamado al que responde el par presencia-ausencia de la madre. El don es aquí símbolo de amor y apunta a un más allá de la necesidad. Demanda algo que sólo vale como signo de amor. El objeto del don es una nada, nada que es el fundamento del intercambio como lo ejemplifica el *potlatch*.¹⁸

El objeto del don es nada, pues la demanda anula su particularidad, aquello que le es propio en tanto que objeto de la necesidad. La particularidad así abolida reaparece más allá de la demanda misma. Retorna en la condición absoluta del deseo. El deseo metonímico es la diferencia entre la demanda y la necesidad. Si es diferencia, es que hay resta, sustracción, pérdida, que se genera por la abolición de la necesidad en su especificidad. Surge así una nueva potencia: la del deseo, producto de esta división del sujeto entre la demanda y la necesidad.

El deseo sigue siendo deseo del Otro, pero no se desea que el Otro reconozca al sujeto, sino que se desea ser deseado. Para ser deseado por el Otro, el Otro debe ser él también un sujeto dividido, con una falta, un deseante, (A). El falo asoma en el horizonte como aquello que podría colmar la falta en el A y el sujeto no tiene más remedio que proponerse ser el falo; tenerlo implica la renuncia a serlo y, por lo tanto, a colmar el deseo del Otro.

J. -A. Miller comentaba acertadamente que Lacan, en el

texto "La significación del falo", luego de producir el deseo como la diferencia entre necesidad y demanda, agrega: "Se concibe cómo la relación sexual ocupa ese campo cerrado del deseo y jugará en él su suerte."¹⁹ Surge así la articulación del deseo como metonimia con la relación sexual como un campo problemático.

Pero, retornemos al falo. Más allá de la significación fálica surge el falo como significante del deseo del Otro, que no es ni $(-\varphi)$ ni (φ) sino Φ . Su función es ser "el significante destinado a designar en su conjunto los efectos de significado, en tanto determinados por el significante."²⁰ Con el falo, significante del deseo, se inicia el recorrido que culminará en las fórmulas de la sexuación.

La función activa del significante en la producción del significado se ejerce sobre "lo significable"²¹; esta función es definida como "pasión" causada por el padecimiento de la marca significante; luego de esa pasión surge el significado. Lacan retoma esto mismo en *Radiofonía*: "En el falo se resume el punto de mito donde lo sexual se hace pasión del significante."²² Punto mítico de la unión entre sexualidad y significante, ése es el valor del falo como significante. Por la pasión del significante, el falo sustituye, hace obstáculo a la relación sexual. La pasión significante se convierte en una dimensión de la condición humana, en tanto que su naturaleza —lo significable— queda entretejida con la función de la palabra y el campo del lenguaje. Pasión es a la vez, padecer, sufrir, es la referencia a la pasión de Cristo, es amor descontrolado, es la pasividad en Aristóteles, una enorme gama de afectos-efectos se aloja bajo la insignia de este significante. Lo sexual sufre por acción del significante, engendrándose así un conjunto múltiple de significaciones que escapan al imaginario natural, al conocimiento instintivo.

El falo le impone una marca a lo significable; en esa marca se conjugan el logos y el deseo, es decir, que la marca es la conjunción entre el lenguaje y el deseo. A esta función es elevado el significante que produce dicha conjunción, elevación que inaugura con su desaparición misma. Por esta razón sólo funciona velado, como signo de la latencia de lo significable.

Cuando se descubre el velo se revela cómo la barra que afecta al significado, es decir, al sujeto, marcándolo con la

bastardía que el significante genera en el animal humano, $\$$, introduce la *Spaltung* del sujeto. En consecuencia, al ser $\$$, el sujeto sólo designa su ser por tachar todo lo que éste significa y “lo viviente de este ser en la represión primaria encuentra su significante al recibir la marca de la represión del falo (por lo cual el inconsciente es lenguaje)”.²³ El falo es así la “media y extrema razón del deseo” en sentido matemático e introduce el uno del sexo, el falo, común a ambos, articulando el complejo de castración con el inconsciente estructurado como un lenguaje y definiendo al sujeto del inconsciente como $\$$, tachado en su ser por el falo como significante. El significante fálico también revela la *Spaltung* del A : \bar{A} .

El complejo de castración se signa por la conjunción del deseo con la falla en tener y su nostalgia. Se inaugura una dialéctica del ser y el tener el falo que brinda una definición diferente del acceso a la “genitalidad”. El comportamiento de los sexos linda así con la comedia, que marca la necesaria mediación del falo, y obliga a la sexualidad a entrar en la demanda. Impostura masculina: tener el falo por procuración. Mascarada femenina: serlo sin tenerlo. La represión del significante fálico genera efectos diferentes en cada sexo: en el hombre, la dialéctica entre demanda y deseo permite la división en dos de la mujer, tal como Freud la describió en “Degradaciones de la vida amorosa”; en él la represión del falo es mayor, y la impotencia muy mal tolerada; en la mujer, la represión es menor, pues la convergencia del amor y el deseo la priva y, por eso, la ausencia de satisfacción es mejor tolerada.

El vuelco producido por la renuncia al deseo como deseo de reconocimiento se lee claramente en el apartado V de “La dirección de la cura”,²⁴ cuando Lacan analiza el deseo insatisfecho y el deseo imposible de la histérica y del obsesivo, en su dependencia estructural con la metonimia y el significante fálico.

El deseo de la bella carnífera se define como el “deseo de un deseo”. ¿Cuál es este deseo deseado?: tener un deseo insatisfecho, éste es el significado del deseo. Este significado tiene un significante: el deseo de caviar, el que es sustituido en el sueño por otro significante —el deseo de la amiga—, deseo de salmón. Se produce una operación de sustitución de significante

o sea una metáfora. Por eso el sueño puede presentarse como metáfora del deseo.²⁵ “La verdad de esta apariencia, dice Lacan, es que el deseo es la metonimia de la falta en ser.” Si esto es así, la conclusión analítica es que el único reconocimiento posible sería el de dicha falta en ser. El sujeto no puede considerarse como el organizador del sueño. “Encontrarse en él como deseante es precisamente lo contrario a hacerse reconocer como sujeto. . .”²⁶ Pues precisamente como deseante es falta en ser.

Miller²⁷ señalaba que aquí Lacan se retracta específicamente de su primera teoría del deseo: “el sueño está hecho para el reconocimiento. . ., pero nuestra voz desfallece antes de concluir: del deseo. Porque el deseo, si Freud dice la verdad sobre el inconsciente y si el análisis es necesario, *sólo se capta en la interpretación*”. El deseo es su interpretación. En la página siguiente agrega un comentario que cuestiona lo que en el Capítulo I vimos como el concepto del análisis. “uno no se cura porque rememora, rememora porque se cura”.²⁸

El sueño de la histérica es desencadenado por la demanda de una amiga, su significante es el deseo de caviar-salmón. Este es, al ser el significante del deseo, el significante fálico construido a partir de la identificación de deseo con deseo propio de la histeria. Ser el significante del deseo es identificarse con él. Se despliega luego una parte de la teoría de la identificación en Lacan, cuyo desarrollo es correlativo a la definición del deseo como metonimia de la falta en ser, pues esa falla, esa falta, permite y exige la identificación.

No hay palabra que pueda operar el reconocimiento del deseo, porque: “el deseo no es más que la imposibilidad de esa palabra”.²⁹ No hay reconocimiento para el $\$$, su escudo lleva la impronta de su “noble bastardía” que sabemos impide el reconocimiento. Desaparece pues definitivamente el sujeto, S, del esquema L.

Entre las conclusiones de “La dirección de la cura”, quisiera subrayar, para el tema que nos ocupa, las siguientes: “La resistencia a la confesión [del deseo] sólo consiste en la incompatibilidad del deseo con la palabra”.³⁰ Su consecuencia a nivel de la acción analítica es que, además de la metáfora, modelo casi natural de la interpretación, Lacan se refiere especialmente a la necesidad, que lo que acaba de exponerse

implica, de articular la virtud alusiva de la interpretación con el horizonte deshabitado del ser.³¹ La interpretación para alcanzar a la metonimia deseante debe recurrir a su estructura misma.

La producción del sujeto del inconsciente como $\$$ tiene dos consecuencias importantes de índole diferente. Este sujeto es evanescente, no es uno, como deseante no es más que falla en ser. ¿Dónde atraparlo entonces? En las formaciones del inconsciente se muestra escurridizo, aparece y desaparece. Por otro lado, este $\$$, en tanto sujeto del inconsciente, ¿puede o no decir yo (*je*)? La primera dificultad se resolverá del lado del fantasma y su nueva fórmula $\$ \diamond a$. La segunda, que es la que aquí interesa, exige una revisión de las formulaciones sobre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación, términos que Lacan explícitamente toma de Jakobson.

Veamos primero en qué consiste la diferencia a nivel de la lingüística. Toda producción lingüística puede ser considerada desde dos ángulos: 1) como una serie de frases o un enunciado o 2) como un acto en el curso del cual las frases se actualizan, es decir, la enunciación o situación discursiva. Esta última, en sentido estricto, se refiere, no a los problemas contextuales, sino a los elementos del código de la lengua cuyo sentido varía entre diferentes enunciaciones, por depender de determinados factores. La lingüística retiene la huella del proceso de enunciación en el enunciado.

Lacan, en su análisis de Schreber usa la diferenciación establecida por Jakobson entre las diferentes relaciones posibles entre código y mensaje, para establecer con ellas la diferencia entre fenómenos de código y fenómenos de mensaje. Toma especialmente los casos de *overlapping* de ambos, es decir del código y del mensaje, que se refieren especialmente al caso de los mensajes llamados autónomos, en que el mensaje remite al código mismo. Este es el caso de la *Grundsprache* de Schreber. El segundo tipo se refiere a la existencia en todo código lingüístico de determinadas unidades gramaticales que Jespersen bautizó *shifters*. Su significación general sólo puede definirse tomando como referencia el mensaje o remitiendo a él. Corresponden a los símbolos-índice de Pierce, es decir que son simultáneamente signos del código de la lengua (yo, por ejemplo) e índices que contienen un elemen-

to de la situación de enunciación (yo designa a la persona que habla en este momento, en este lugar).³²

Vale la pena citar la versión que de ellos da Lacan en una nota al pie de "Cuestiones preliminares": "...esas palabras del código que sólo adquieren sentido a partir de las coordenadas (atribución, fecha, lugar de emisión) del mensaje".³³

Lacan usa el *shifter* inicialmente en su ejemplo del hambro, para mostrar cómo el yo (*je*) deja ahí en suspenso la designación del sujeto hablante, hasta que la alusión, en su intención conjuratoria, se detenga.

Lo retoma en relación a las frases interrumpidas de Schreber en su conflictiva relación con las voces. En este caso, la frase se interrumpe con el grupo de términos índice, los que en el código indican la posición del sujeto a partir del mensaje mismo. Lacan mismo remite al grafo y al texto de "Subversión del sujeto" en el punto en que se interroga acerca de qué clase de sujeto puede concebirse, una vez reconocida la estructura de lenguaje del inconsciente.

Señala que, por razones de método, se podría partir de la definición lingüística estricta del Yo (*je*) como significante, según la cual éste no es más que el indicativo o *shifter* que designa al sujeto del enunciado en tanto que habla actualmente. Dice entonces: "Designa al sujeto de la enunciación pero no lo significa. Todo significante del sujeto de la enunciación puede faltar en el enunciado (...) Pensamos haber reconocido el sujeto de la enunciación en ese significante que es el *ne* expletivo (en francés)".³⁴

El status del sujeto que diría *Je* (yo) en su palabra, como era la ilusión de Lacan en la época del "Discurso de Roma", es inseparable del de la represión primaria misma. "El inconsciente está estructurado como un lenguaje" implica una topología de la represión, es decir, que en él los significantes no son isotópicos, sino heterotópicos. Lacan indicará claramente que el resorte de la represión es la elisión significativa. El ejemplo que da de ella es la *Espe* (*W espe*) del hombre de los lobos, que indica "el vestigio de la censura fonemática".³⁵ Cabe recordar aquí la mención explícita de Lacan del término "elisión" en su definición de la metonimia (ver primera parte de este capítulo). Volvemos a encontrar esta formulación en el seminario "El deseo y su interpretación"³⁶, donde reitera que el resorte de la represión es la elisión de un puro y

simple significante o de una cláusula, como ocurre por ejemplo en el sueño del padre muerto que Freud incluye en "Los dos principios del suceder psíquico", donde entre enunciado y enunciación se produce la elisión de la cláusula "según su deseo".

Esta elisión de un significante implica que en el Otro, lugar del significante, se instala una ausencia, falta un significante, significante que permite, gracias a su sustracción misma, cerrar el conjunto, función ya presente del (-1), el significante que hace excepción, al que Lacan también denomina (+1), más uno, el significante que sobra. Este agujero en el Otro es una forma de dar cuenta del "no hay meta-lenguaje" que es correlativo de la existencia del inconsciente freudiano y de su estructura de lenguaje. Su escritura es S (\bar{A}).

La represión cava pues un hueco en el Otro del significante; ese hueco determinado por la elisión es inseparable del borramiento del sujeto, de su desaparición del proceso de enunciación.

Por esta vía Lacan renueva el concepto de defensa, señalando que ésta no procede "modificando la tendencia sino el sujeto".³⁷ Los efectos de la defensa definen, ordenándose según una estructura de lenguaje que obedece a una retórica, la posición del sujeto.

La posibilidad de borramiento es una propiedad radical del significante. Pese a ello, subsiste como lo no-dicho. La barra de la fórmula saussureana del signo se instala sobre la S del significante para producir el $\$$; el significante anulado se perpetúa indefinidamente.

Lacan, al comentar la negación de Freud, insistió en la importancia de la *Bejahung*, a la que considera "primer tiempo de la articulación inconsciente",³⁸ tiempo primero que supone su mantenimiento en el tiempo segundo de la *Verneinung*. Lacan retoma la función de la negación realizando un examen de las formas de la negación en francés tal como las postula Pichon. Existe, por un lado, la negación forclusiva, la cual implica la utilización de dos partículas, el *ne* y otra que la acompaña: *rien, point, pas, personne*, etc. Este uso implica una exclusión inapelable. La otra forma es la negación discordante (clásicamente llamada *expletiva*) la cual sólo utiliza el *ne*, marcando de este modo una discordancia entre el proceso del enunciado y el proceso de la enunciación, implicando

una afirmación. El ejemplo que da Lacan “je crains qu’il ne vienne”, sólo puede traducirse al castellano como “temo que venga”. Este *ne* recae sobre la enunciación, sobre el significante en acto, dice Lacan.³⁹ La negación desciende de la enunciación al enunciado. En otras lenguas, como el inglés, esta dimensión se introduce mediante el uso de un auxiliar, al que Lacan considera típico de la intrusión en el enunciado de la dimensión del sujeto. La negación se vincula entonces con la posición original de la enunciación.

El sujeto encuentra su lugar en el inconsciente en el agujero. Por eso ante la pregunta de si el sujeto del deseo es designado como *Je* (yo) en el discurso, Lacan responde que no, el *Je* es *shifter* y el sujeto de la enunciación en tanto que su deseo horada, sólo está en ese *ne*.⁴⁰ Ese *ne*, quizá, como significante primitivo de la negación, sea el vestigio de la elisión primitiva.⁴¹ Los prefijos de la negación indicarían, al volverlo a ocupar, ese lugar de la elisión significante. La elisión como matriz de la negación afirma al sujeto de modo negativo y prepara el vacío donde encontrará su lugar.⁴²

Puede considerarse ese vacío como la ampliación del corte considerado como el elemento más radical de la cadena significante, punto de discontinuidad; allí el sujeto se identifica al corte mismo, en el corte lo sorprendemos. “Este corte de la cadena significante es el único que verifica la estructura del sujeto como discontinuidad en lo real.”⁴³

Agudeza y lapsus muestran a este sujeto en “su ocultación por un significante cada vez más puro”⁴⁴ y el clásico sujeto transparente de la representación es sustituido por su *fading* significante, por ese yo (*je*) primordialmente reprimido, cuyo lugar agujereado indica la negación; Lacan incluso para referirse a él, en el seminario sobre el deseo, usa el término de forclusión.⁴⁵

A este sujeto en *fading*, sujeto que se eclipsa en el significante de la demanda, lo rescata el objeto (a), aún imaginario, lo fija en el punto en que el sujeto no puede nombrarse. Imposibilitado de localizarse como sujeto deseante en la articulación inconsciente, ¿dónde situar al sujeto? No allí donde desea, en la cadena significante y su metonimia, sino en algún lugar en su fantasma fundamental. Explícitamente, Lacan señala que esta posición del sujeto debe guiar la interpretación y determinarla. El fantasma sostén del deseo abre una

nueva vía que comenzará a desplegarse, que el Seminario sobre la ética inaugura, la reflexión sobre lo real, el goce, la pulsión y el lenguaje.

Lacan marca la intrusión de lo real en su propia teoría cuando dice, en 1960: “¿Acaso todo es significante? Ciertamente no, pero sí estructura.”⁴⁶

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. J. Lacan, “Instance de la lettre dans l’inconscient”, en *Ecrits*, p. 497, Seuil, París, 1966.
2. *Ibid.*, p. 495.
3. *Ibid.*, p. 501.
4. *Ibid.*, p. 502.
5. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre III, Cap. XVIII.
6. R. Jakobson, “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos”, en *Fundamentos del lenguaje*, Ayuso, Madrid, 1973.
7. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre III, p. 262.
8. *Ibid.*, p. 259.
9. J. Lacan, “Instance de la lettre”, *ob. cit.*, p. 515.
10. *Ibid.*, p. 511.
11. *Ibid.*, p. 522.
12. D. Rabinovich, “Fobia y fetichismo”, *Espacio Analítico* Nº 3/4, Tucumán, 1986.
13. J.-A. Miller, *Escansiones de la enseñanza de Lacan*, Curso 1981-82, inédito.
14. J. Lacan, “D’une question préliminaire”, *ob. cit.*, p. 552.
15. D. Rabinovich, “La teoría de la psicosis de W. Bion o los límites del kleinismo”, en *Psicosis y Psicoanálisis*. Manantial, Bs. As., 1985.
16. J. Lacan, “D’une question. . .”, *ob. cit.*, p. 583.
17. *Ibid.*, p. 571.
18. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre IV, *La relation d’objet*, lecciones del 12-12-56 y del 9-1-57. Inédito.
19. J. Lacan, “La signification du phallus”, en *Ecrits*, p. 691.
20. *Ibid.*, p. 690.
21. *Ibid.*, p. 688.
22. J. Lacan, “Radiophonie”, p. 65, *Scilicet* 2/3, Seuil, París, 1970.
23. J. Lacan, “La signification du phallus”, *ob. cit.*, p. 693.
24. J. Lacan, “La direction de la cure et les principes de son pouvoir”, *ob. cit.*, p. 620-642.
25. E. Laurent, “Seminario sobre la dirección de la cura”, en *Concepciones de la cura en psicoanálisis*, Manantial, Bs. As., 1985.
26. J. Lacan, “La direction de la cure. . .”, *ob. cit.*, p. 623.
27. J.-A. Miller, *Escansiones. . .*

28. J. Lacan, "La direction de la cure. . .", ob. cit., p. 624.
29. *Ibíd.*, p. 634.
30. *Ibíd.*, p. 641.
31. *Ibíd.*
32. R. Jakobson, "Los conmutadores, las categorías verbales y el verbo ruso", en *Ensayos de Lingüística General*, Seix Barral, 1975.
33. J. Lacan, "D'une question. . .", ob. cit., p. 535.
34. J. Lacan, "Subversion du sujet. . .", ob. cit., p. 800.
35. J. Lacan, "Remarque sur le rapport de D. Lagache", ob. cit., p. 664.
36. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre VI, *Le désir et son interpretation*, inédito.
37. J. Lacan, "Remarques. . .", ob. cit., p. 665.
38. *Ibíd.*, p. 660.
39. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre VI.
40. J. Lacan, "Remarques. . .", ob. cit., p. 664.
41. *Ibíd.*
42. *Ibíd.*, p. 666.
43. J. Lacan, "Subversion du sujet. . .", ob. cit. p. 801.
44. *Ibíd.*, p. 801.
45. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre VI.
46. J. Lacan, "Remarques. . .", ob. cit., p. 659.

CAPITULO III

LOGICA DEL UNO Y GRAMATICA DE LA PULSION

Introducción

La puesta en acción del inconsciente estructurado como un lenguaje y de sus leyes, metáfora y metonimia, culmina, como acaba de verse, en un doble vaciamiento: el del inconsciente y el del sujeto. Punto culminante al que arriba Lacan hacia los años '60, punto cuya marca indicamos en el texto de los *Escritos* dedicado al informe de Lagache, donde se establece la pérdida de la identidad entre estructura y orden simbólico en el contexto de una referencia a la pulsión y a su estatuto energético.

La investigación de lo real se abre con el Seminario "*La ética del psicoanálisis*". La misma surge ya al subrayar Lacan la importancia central de la función del corte y su articulación con el sujeto, $\$$, que como efecto de significación retorna en lo real. Sujeto en *fading*, evanescente, vimos cómo recuperaba algo del registro del ser del lado de su enganche, en el fantasma, con el objeto aún imaginario. Comienza la investigación del ser del lado del objeto, que pasará de imaginario y simbólico a real, investigación inseparable del desarrollo del concepto de goce.

El goce, definido siempre por Lacan como goce de un cuerpo, recibe su definición neta en *La ética*: el goce es la satisfacción de una pulsión. La tríada que centraba la enseñanza de Lacan hasta entonces —necesidad, demanda y deseo— sufre una modificación, transformándose en goce, demanda y deseo. Lo real de la necesidad, real ajeno, externo a la experiencia analítica, cuerpo que conforma el real propio en juego en otras ciencias, es sustituido por un real interno a la experiencia analítica, un real producto del significante pero que, una

vez producido, le escapa. Cómo operar sobre dicho real es quizá la gran tarea de Lacan, su gran preocupación a esta altura. Si el artículo sobre Lagache culmina con una propuesta de un psicoanálisis más allá del I, del Ideal del yo en su carácter simbólico, dicha culminación no es accidental. El más allá del ideal está del lado de lo real. Por esta razón, Lacan promueve una ética del psicoanálisis que es ética de lo real, no ética de lo ideal. Aquí el estatuto del inconsciente comienza a sufrir un giro, la estructura de lenguaje del inconsciente no tiene un fundamento ontológico, sino ético.¹

Lo real del cuerpo que el goce introduce es interno al significante, es un cuerpo afectado profundamente por éste. Las elaboraciones en torno a ese cuerpo reubican su dimensión imaginaria, que no desaparece, y preparan la futura equiparación en la estructura de los tres órdenes que el nudo borromeo consumará.

La pulsión, necesariamente, pasa a un primer plano, y con ella el *Es* freudiano, que será investigado en su estructura de lenguaje y que sólo por un efecto particular de la estructura puede ser dicho: Eso habla.

Inconsciente y goce: el campo de "das Ding"

El Seminario *La ética* se inicia con un examen del *Proyecto* de Freud, que permite ajustar el axioma "el inconsciente está estructurado como un lenguaje" con los nuevos problemas que surgen del despliegue mismo del seminario. De allí partiremos.

Conviene recordar primero cómo culmina en el seminario anterior, *El deseo y su interpretación*, la formulación de Lacan en lo referente al inconsciente.

Lacan insiste, teniendo como eje el sueño del padre muerto, en el inconsciente como siendo una relación del sujeto con el saber (puede tenerse presente también la comparación entre Hamlet y Edipo), el inconsciente es inseparable de lo que denomina lo "no-dicho", es de ese orden; un no-dicho que deviene un no-sabido, condición misma del surgimiento del sujeto como \S . Este "no-dicho" es una exigencia contradictoria que se estructura en relación a ese Otro absoluto de la demanda, que el sujeto supone sabe sus pensamientos, que los lee, pues

es el Otro quien es omnipotente. La dimensión del sujeto del inconsciente es correlativa de un mundo de lo no-dicho, que culmina en un "no quiero saber nada de eso".

El trabajo teórico de Lacan se centra nuevamente en el *Proyecto*, donde busca a *das Ding*, la Cosa, que no surge en la *Traumdeutung*. La Cosa, primera versión patética del objeto (a), como lo señaló J. -A. Miller, introduce el funcionamiento de lo real del goce en su articulación con el proceso primario y desarrolla el esbozo de lo que, en el Seminario XI, será la *Tyche*, que duplica así del lado de lo real el *Automatón* que el Seminario II había revelado en su estructura. Es pues, también, una nueva vuelta de tuerca en la elaboración por parte de Lacan de la pulsión de muerte, donde realiza una articulación inédita entre ésta y el objeto perdido, articulación siempre mencionada, pero hasta este punto no explorada. De este modo la demanda, cuyo resto al separarse de la necesidad era el deseo, recibe, a través de la fórmula de la pulsión ($S \diamond D$) una relación con el goce. Aquí se establece una dialéctica particular entre goce y deseo, que entraña una redefinición de los términos mismos del grafo y de la articulación entre inconsciente y sexualidad.

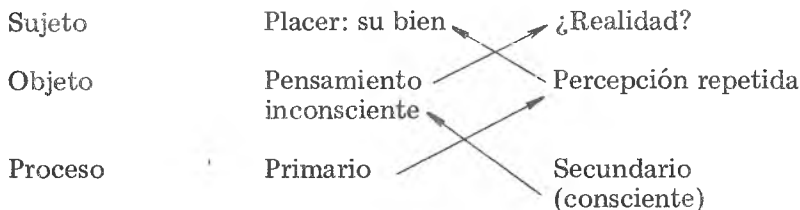
La estructura de verdad de la ficción recibe en esta ocasión una interpretación particular en función de la introducción del término *Fictitious*, tomado de Bentham, el creador del utilitarismo. Este término no significa ilusorio o engañoso, sino estructura artificial, es decir, para Lacan, estructura creada por el significante. Término éste que reaparecerá en la estructura de artificio de los discursos en el seminario sobre *El envés del psicoanálisis*. Así, la oposición de los dos principios es, en Freud, una oposición entre realidad y ficción. El principio del placer se sitúa del lado de lo ficticio, de lo simbólico, cuya condición es el retorno de un signo (alucinación desiderativa). Estas "ficciones" del deseo, ficciones verídicas, tienen su apoyo en el fantasma y adquieren su peso por el hecho de estar articuladas precisamente con el deseo del A, (\mathcal{A}).

La verdad que se juega en el análisis es la verdad de lo particular de estas ficciones, que asume, se supone, en el sujeto la forma de un *Wunsch* imperioso. Su fuente última en Freud es una experiencia de placer o de dolor, que perdura irreduciblemente. Desde el ángulo de la adaptación este ser, al obedecer a sus ficciones desiderativas, está condenado al fracaso.

En oposición a esta tendencia, el principio de realidad rectificadora, es rodeo, contiene, se opone a la fundamental inercia, a la tendencia a la descarga del principio del placer. Nadie, hasta Freud, había acentuado hasta tal punto la inadecuación esencial que separa al sujeto del ser vivo.

Lacan indica aquí una paradoja del sistema freudiano. El gobierno del principio del placer recae esencialmente sobre la percepción, pero lo que constituye al proceso primario, por él regido, son pensamientos. Por su parte, el principio de realidad es gobernado por la identidad de pensamiento, pero los pensamientos están del lado del principio del placer, son por naturaleza inconscientes. Sobre esa identidad de pensamiento sólo podemos operar mediante las palabras (*Worts*), mediante aquello que está articulado en palabras y se estructura como discurso; es ésta la condición para el funcionamiento del sistema consciente-preconsciente, para que los "signos de cualidad" lleguen a la conciencia.

El inconsciente, inversamente, por estructurarse con elementos, con componentes lógicos, se articula como "ortologos" que determinará que un signo valga en él en lugar de tal otro, en la medida en que todo signo puede ser sustituido o a todo signo puede serle transferida la carga de otro signo. Lacan representa el doble entrecruzamiento entre ambos principios.²



El inconsciente en su explicación sólo se capta, por su estructura de lenguaje, en lo articulado en la palabra. Lacan claramente diferencia el orden del discurso, dependiente de la representación de palabra freudiana, como nivel preconsciente, del nivel inconsciente que se define como orden de la palabra, equivalente a la representación de cosa freudiana.

Esto conlleva un examen por parte de Lacan del problema de la representación. En primer término, señala que la *Bahnung*

del *Proyecto*, traducida habitualmente como facilitación, implica la construcción de una continuidad que puede equipararse con la de la cadena significante, y que aquello que reemplaza a la cantidad, la *Bahnung*, debería designarse como articulación.

Para Lacan, Freud arranca a la representación de su uso filológico. La gravitación de las representaciones se ubica entre percepción y conciencia, donde funcionan esos pensamientos según la ley del placer. Estos procesos de pensamiento, así regidos, determinan la carga, la inversión de las representaciones. El precipitado de la representación tal como surge según la estructura que organiza el inconsciente no es una representación, sino un representante de la representación, que hace de la representación misma un elemento asociativo y combinatorio, es decir, regulado por las leyes del proceso primario, desplazamiento y condensación, metonimia y metáfora.

Puede diferenciarse, por lo tanto, la articulación efectiva de un discurso, mediante las representaciones de palabra, que llega así a la conciencia, de una gravitación de las representaciones como representantes de la representación en su articulación de palabra inconsciente. La representación de palabra permite una percepción retroactiva de los procesos de pensamiento inconsciente. Para Lacan el *Ich* del *Proyecto*, en cambio, es el inconsciente en función.

Sabemos que el principio del placer busca su bien; ¿cómo se articula éste? Como la búsqueda de la experiencia desiderativa alucinatoria, de ese signo que es su huella, huella del objeto perdido, perdido para siempre por la falla en ser que “la metonimia cava en la relación de objeto”, es decir, por acción de la estructura del lenguaje.

Esta idea del bien sostiene la actividad subjetiva y por ello la ética identificó clásicamente bien y placer. La oposición entre ambos principios es pues ética y ética es la experiencia que Freud recoge en su tratamiento de las neurosis.

Para introducir, en relación a la función del objeto perdido, la Cosa, Lacan realiza un examen detallado de la experiencia de satisfacción y de la del dolor, experiencia hostil.

Ya en el apartado (c) del Capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, Freud lleva a cabo una distinción esencial: separa la satisfacción de la necesidad de la realización del deseo. Esta última compromete al sujeto en una búsqueda, siempre infructuosa, de la repetición de la mítica percepción primera vincula-

da con la satisfacción de la necesidad, re-evocarla es su meta misma, y ya dijimos que, respetando la ley del placer a la que obedece, ésta consiste en una identidad de percepción, para la cual la alucinación, lograda mediante la regresión tópica, es un camino válido. Esta regresión culmina en una carga de la huella mnésica. Partiendo del modelo del acto reflejo, Freud culmina en una formulación del deseo que, no sólo invierte su dirección, sino que conlleva una subversión de la adaptación misma, una hiancia entre el objeto de satisfacción de la necesidad y ese señuelo logrado de la percepción.

En el *Proyecto* introduce el concepto de acción específica, aquella que brindaría una satisfacción a la necesidad, resolviendo la tensión que ésta crea. Esta acción específica exige en el sujeto hablante la ayuda ajena, la ayuda de un otro, cuya atención debe atraer. Así, la descarga de tensión, grito, llanto, se vuelve llamado, comunicación; dice Freud que es un recurso frente a su desamparo inicial. Aquí de modo sorprendente Freud precisa que “el desamparo inicial de los seres humanos es la fuente primaria de todos los motivos morales”.³

De la acción específica pasamos a la acción y “el fundamento de toda reflexión ética es el intento de penetrar el problema de nuestra propia acción”.⁴ Cabe recordar en este punto la pregunta de Freud hacia el final de la *Traumdeutung* acerca de la responsabilidad del sujeto en lo tocante a su deseo inconsciente. Desamparo y otro reaparecen en ese texto clave que es *Inhibición, síntoma y angustia*, momento en que Freud culmina su teoría de las neurosis. Esa huella mnésica que cautiva, no es mera representación de un objeto conocido, su inscripción se hace sobre el fondo del desamparo y de la presencia del Otro, al que Freud llama *Nebenmensch*, núcleo de la función primaria del juicio. Ese Otro al que Freud se refiere en los siguientes términos en la carta 52 a Fliess, al señalar, precisamente, que el ataque histérico no es una descarga sino una acción “cuyo objetivo es una reproducción del placer (...) Apunta a otra persona, pero fundamentalmente a ese Otro prehistórico, inolvidable, ese otro al que nadie luego igualará.”⁵

La *proton pseudos* histórica del segundo apartado del *Proyecto* revela así, ella también, la estructura de ficción de la verdad, lo que Lacan llama “una ficción verídica”.⁶

El deseo se sostiene en el anhelo de esa presencia inolvidable, en la dimensión de la nostalgia, en la espera de un encuentro imposible y que, por serlo, se repite.

Como contrapartida de la huella mnésica desiderativa tenemos la huella mnésica hostil, cuya tendencia impulsa a la descarga motriz; aquí el límite es el dolor, no el displacer. La imposibilidad de la fuga como huida motriz es sustituida por la defensa primaria o represión⁷ que mediante las catexias laterales logra una descarga atenuada. Curiosamente, Freud llama "afecto" al residuo de la experiencia dolorosa y "deseo" al de la experiencia de satisfacción, los cuales corresponden respectivamente a la defensa primaria y a la alucinación.

Sobre este fondo freudiano, Lacan delimita la Cosa, tomando como punto de partida la oposición entre dos términos alemanes: *das Ding* y *die Sache*. Señala, y no podemos ser indiferentes a este comentario, que en las lenguas romances una única palabra dice la cosa, palabra derivada del latín *causa*. . . Ambas palabras en alemán tienen origen jurídico. *Sache* es la cosa producto de la industria o de la acción humana, pertenece al orden del discurso preconsciente y está en estrecha relación con la *Wort*, de la representación de palabra.

Das Ding, dice Lacan, es el verdadero secreto de la realidad, se liga con el *Nebenmensch* (el prójimo), término que resume a la vez la separación y la identidad. Sobre este complejo del *Nebenmensch* opera la función del juicio primario⁸ desglosándolo en dos partes: 1) un ensamble constante que permanece unido como cosa: *als Ding*, elemento aislado por el sujeto como de naturaleza ajena, como extranjero, *Fremde*, como un componente inasimilable; 2) alude a todo lo que en el *Nebenmensch* es cualidad y puede ser entendido por la memoria a través de una remisión al propio cuerpo, a la propia experiencia subjetiva del sujeto; esto es definido como atributo.

Este segundo elemento, el atributo, constituye las representaciones primitivas alrededor de las cuales se jugará el destino de lo que es regulado por el principio de placer-displacer.

El primer elemento, *das Ding*, es totalmente diferente; como ajeno, incluso como hostil, orienta un primer exterior, orienta la marcha del sujeto. Freud designa, a *das Ding* como resto, residuo, que se sustrae en tanto tal a la actividad judicativa. La orienta, justamente, en relación al mundo de sus deseos,

hacia lo que quizá, alguna vez le permita alcanzarlo. El objeto, la Cosa, está ahí, pero perdido, nunca será vuelto a hallar.

Das Ding es el objeto en tanto que Otro absoluto del sujeto (recordemos cómo Lacan alude en la primera época a este Otro absoluto); es aquello que se intenta volver a encontrar. Como máximo se lo encuentra como *regret*, añoranza. Sí, vuelven a encontrarse sus coordenadas de placer. Sin su alucinación como sistema referencial, empero, un mundo de percepciones no llega a organizarse de modo humano. La percepción de la realidad depende, finalmente, de esta alucinación fundamental.⁹

Ese primer exterior que la Cosa define puede calificarse como un fuera de significado (*hors-signifié*) con el cual el sujeto mantiene una relación patética (recordemos la pasión del significante), conserva respecto a ella cierta distancia, constituyendo su relación con ella bajo la forma de afecto primario (recordar la definición citada de Freud de afecto en el *Proyecto*), relación que es anterior a toda represión. Esta Cosa es una realidad *muda*, que comanda, ordena, que remite a la máxima universal kantiana, que apunta no al *whol* del principio del placer, sino a *das Gute*, bien propio de la ley moral.¹⁰

El carácter radical de ese *Gute*, más allá de lo patológico, en el sentido de lo sensorial, de la sensibilidad, es el dolor, al que Kant acepta como el único afecto susceptible de acompañar una acción acorde con la máxima universal.

Lo extraño, lo hostil, surgen primero en esta dimensión como grito —dimensión, señala J.-A. Miller, como tal anterior a la demanda—, grito provocado por el dolor que es ya en sí el objeto como tal. Lacan lo dice así: “Pero ese lugar original del sujeto, ¿cómo lo recobraría en esa elisión que lo constituye como ausencia? ¿Cómo reconocería ese vacío como la Cosa más próxima, aun cuando lo excavara de nuevo en el seno del Otro por hacer resonar en él su grito?”¹¹

Así, *das Ding* organiza el movimiento de las representaciones como representantes de la representación en su articulación inconsciente. Se trata de un campo que exige una topología de un interior-excluido que Lacan traducirá luego como extimidad, es decir, excluido dentro del interior del sistema significante mismo, del primer cuerpo significante. La Cosa es “lo que de lo real primordial (. . .) padece del significante”.¹²

Das Ding define un campo que le es propio —campo del nuevo hallazgo del objeto—, campo que es más fundamental que el dominio de la afectividad vinculada a los atributos, campo que es del registro de la buena o mala voluntad fundamental del Otro, punto de verdad de la supuesta ambivalencia de sentimientos.

Las Cosas, las de la representación de cosa freudiana, son pues mudas, pero no por ello ajenas a la palabra. A nivel de las representaciones la Cosa se diferencia entonces como ausente, extranjera, inasimilable. Lo que acerca de ella se articula como bueno y malo divide al sujeto en su relación con ella. Pero esta atribución primera quiere decir estrictamente: “No existen el objeto bueno y el objeto malo: está lo bueno, lo malo y además la Cosa”.¹³ Bueno y malo entran en el orden de la representación, son índices que orientan la posición del sujeto en términos del principio del placer, nunca serán más que representación, anhelo, espera de algo que siempre se conserva a cierta distancia de la Cosa que, sin embargo, regula dicha posición. Lacan la identifica con la tendencia a volver a encontrar el objeto (*Wiedersufinden*), que funda la orientación humana hacia el objeto. La Cosa da al principio del placer su ley invisible, pero no regla sus trayectos.

A nivel del sistema articulado del inconsciente la reacción típica es, Lacan insiste, la elisión. El lugar privilegiado de la represión es el representante de la representación, el lugar de la representación de palabra es el lugar privilegiado de la negación, éste es el filo más cortante del entre-dicho, es casi una forma invertida de la represión.

Das Ding está en el centro excluida, es ese Otro prehistórico imposible de olvidar; a nivel del inconsciente sólo representa una representación. El atributo es ya su metáfora: “la metáfora constituye la atribución primera”.¹⁴

Más allá del inconsciente surge, no lejos del campo de *das Ding*, la pulsión.¹⁵ A nivel de la Cosa se revela el lugar del *Trieb*. Ese lugar de la Cosa se representará siempre como un vacío y, por ende, por otra Cosa.

Las pocas referencias a la Cosa presentes en los *Escritos* se encuentran fundamentalmente en el artículo sobre Lagache y en “Subversión del sujeto”. Si no se tiene presente el desarrollo que en torno a ella se realiza en *La ética*, estas menciones resultan sumamente enigmáticas. Examinaremos algunas de

ellas ahora pues nos servirán de puente con el punto siguiente. Incluimos en este comentario los esclarecimientos realizados al respecto por J. -A. Miller en su curso "Síntoma y Fantasma", del año 82-83.¹⁶

Escribe Lacan: "(...) el sujeto del deseo, tanto en la iluminación del fantasma, como en su guarida ignota, no es otro que la Cosa, que siéndole lo más cercano es también lo que más se le escapa".¹⁷

Aquí Miller señalaba, en primer término, la equiparación entre el sujeto del deseo y la Cosa, pues a nivel de ésta la diferencia entre $\$$ y (a) no puede hacerse. El fantasma permite, operativamente, un acercamiento a ella. Existe entre Cosa y sujeto una comunidad de lugares a partir de la cual, por ejemplo, en la operación de división del Seminario *La angustia*, por efecto del significante que determina una pérdida de goce, el sujeto surge en su división, quedando un resto de la misma, el (a). Se constituye así esa extimidad que marca un exterior íntimo, incluido, del que Lacan dará cuenta topológicamente.

En este mismo artículo, comentando la estructura del Eso, Lacan indica que allí la ausencia de sujeto es la defensa por excelencia, "casi natural", dice, "por muy marcado de artificio que esté ese agujero quemado en los matorrales de la pulsión, pues ella [la defensa] ofrece a las otras instancias el lugar donde acampar para allí organizar las suyas".¹⁸

Nos remitimos por un lado al desarrollo sobre defensas del apartado anterior pero, por otro, es importante señalar que esa ausencia de sujeto del Eso equivale precisamente a la no distinción entre $\$$ y (a) a nivel de la Cosa, distinción que reaparecerá en el Seminario XI, al ser definido el sujeto de la pulsión como acéfalo. Ese lugar vacío del sujeto a nivel del Eso permite precisamente que las otras dos instancias freudianas se instalen allí. Condición de dicha instalación es que la estructura que organiza el Eso es significante aunque muda; en él el desorden significativo sólo es sincrónico, pues su ordenamiento diacrónico revela su legalidad. Aquí alude Lacan a la indiferencia combinatoria del montaje pulsional según su fuente, su objeto, su meta, su dirección, proyecto que desarrollará también en el Seminario XI, pero aún el carácter de esta combinatoria no ha sido claramente diferenciado del de la combinatoria significativa del inconsciente.

La ley fundamental, la ley del incesto —cuya otra cara es el deseo del incesto, que es el gran hallazgo freudiano— que Lacan articula con la ley de la alianza lévi-straussiana, es situada ahora, como tal, a nivel de la relación inconsciente con la Cosa. El deseo por la madre —el incesto fundamental es el incesto hijo-madre—, en caso de ser realizado implicaría la abolición de la demanda, la cual estructura como tal el inconsciente. La supuesta psicología de la relación madre-hijo no es más que un enorme desarrollo sobre el carácter esencial de la Cosa materna, de la madre en tanto que ocupa el lugar de la Cosa.

La ley del incesto se apoya aquí en la función del principio del placer por la que el ser hablante busca siempre aquello que debe volver a hallar pero que, a la vez, nunca alcanza. Esta ley es condición para que subsista como tal la palabra. Esa Cosa, éxtima, está siempre en el mismo lugar, por eso es real, y en torno a ella se despliega el movimiento de las representaciones inconscientes, pero guardando siempre con ella una distancia regulada. El principio del placer en Freud denuncia la inexistencia del Bien Soberano, pues la Cosa, el bien soberano, es un bien interdicto. “Este es el fundamento invertido, en Freud, de la ley moral.”¹⁹

El campo de la Cosa está rodeado por una barrera, cruzar el umbral en esa dirección es internarse en ese más allá del principio del placer que es el goce. Allí es donde la pregunta por el ser se vuelve más acuciante. En “Subversión del sujeto. . .” Lacan dice refiriéndose a él: “Soy [el *Je*] en el lugar donde se vocifera que ‘el universo es un defecto en la pureza del no ser’. Ese lugar hace languidecer al ser mismo, se llama el goce, es aquel cuya falta haría vano el universo”.²⁰ La ausencia de ese goce hace al Otro inconsistente (Å). Al ser hablante ese goce le está prohibido, supuestamente por culpa del Otro. Como el Otro no existe, la falta (*faute*: falta moral) recae sobre el Yo (*Je*). Esta posición culmina en el pecado original cuya última versión, la “menos cretinizante”, señala Lacan, es el mito freudiano de *Tótem y Tabú*.

“El goce, pues, está prohibido a quien habla como tal, o sólo puede ser dicho entre-líneas por cualquiera que sea sujeto de la Ley, pues la Ley se funda en esa inter-dicción misma.”²¹ Nueva articulación de la ley del incesto, lo prohibido es ahora el goce de la Cosa.

La modificación de la posición del analista

Esta exploración de ese real que ordena, bajo el nombre de goce, a la experiencia analítica, tiene una primera consecuencia fundamental que se lee en el seminario sobre *La transferencia*. Allí, el analista es colocado por Lacan en el lugar de objeto y la transferencia es desde el inicio caracterizada por su disparidad subjetiva. Esta inclusión del $\$$ como fundamento del análisis, de un único $\$$ en juego, el analizante, implica claramente que ese oyente que era el Otro (A) en un primer tiempo, el A capaz de reconocer por un lado y, por otro, el (A) lugar del significante, encuentran un nuevo lugar en el análisis a partir de la ubicación del analista en el lugar de objeto, agalma, objeto que ya no es el objeto imaginario del circuito a-a'. El agalma es un mixto particular: "Incluido en el objeto (a), está el agalma, (. . .) [el falo] afectado de un signo (-)".²²

El (a) conteniendo pues al $(-\varphi)$ es el "agalma", aquello que el amante (metáfora del analizante), el que es movido por la falta en ser del deseo, busca en el amado que lo encarna.

Junto a esta dimensión de objeto de la posición del analista, dimensión que es aludida también como "presencia real" en el seminario de *La transferencia* (que reaparecerá en las formulaciones de Lacan acerca de la imposibilidad de representar el (a), pues éste se presenta²³), surge el concepto de sujeto supuesto al saber, punto de partida del análisis. Encontramos su fórmula en la "Proposición de Octubre del 67"²⁴ y, obviamente, no me detendré en su análisis detallado; sencillamente querría mostrar que este concepto es inseparable de una relectura de Lacan de aquello que su experiencia primero le había señalado. En primer término, la suposición aquí es doble: se supone un saber y se supone un sujeto. Lacan ya había definido el inconsciente como saber, como un "no querer saber nada de eso",²⁵ como la constitución misma de un espacio de un saber no-dicho. Hemos visto cómo el sujeto se transformó a partir de ese sujeto, S, sin barrar, del esquema L, en el $\$$ tachado, dividido, cuyo lugar en la enunciación es imposible de precisar, cuyo borramiento es condición de la enunciación misma a nivel inconsciente. Este sujeto es pues un efecto de la cadena significante, lo que un significante representa ante otro significante, efecto siempre dividido, que es constituido como efecto de significación por la

articulación significativa. Sin embargo, esa articulación significativa es un saber sin sujeto, definición por excelencia del inconsciente; no hay nadie que diga *je* (*yo*) a ese nivel.

Pero el efecto sujeto se impone por acción misma de la estructura significativa y, me atrevería a decir que, en la época del "Discurso de Roma", Lacan creyó en ese sujeto efecto de la articulación inconsciente, lo asumió como la posibilidad de que el analizante dijese *Je* en lugar de *Moi*. El S.S.S. implica pues una interpretación retroactiva de Lacan de su propio discurso, interpretación que implica una modificación sustancial de la dirección de la cura y muestra cómo ésta depende de la teoría del inconsciente que tenga el analista.

Hay pues un saber que nadie sabe: ésta es la subversión freudiana del sujeto. El lenguaje es la condición del inconsciente, de esa articulación significativa sin sujeto que la dirija, en la que éste sólo es su efecto.

Como creo puede verse confluyen a partir de *La Etica* dos dimensiones diferentes: la primera se vincula con el estatuto de la cadena significativa en el inconsciente, con el efecto de sujeto que ésta produce — $\$$ —, sujeto dividido por acción del significativo. Este sujeto dividido se configura como falta, agujero, ausencia, cuya aparición evanescente se actualiza en las formaciones del inconsciente. Aparición vacilante, fugaz, huidiza.

El Uno pertenece a la esfera del significativo, en ella se desarrollará una larga y densa investigación acerca de él, que va desde el rasgo unario de *La identificación* hasta el 'Hay uno' de . . .o *peor*, investigación que se centra en la lógica del Uno que hace contrapunto con la imposibilidad de hacer de dos Unos Uno en la conjunción sexual. El dos aparece ligado al segundo significativo, S_2 , al otro significativo que resume el conjunto de la batería significativa misma, una vez que Lacan, asumiendo cabalmente las consecuencias de la inconsistencia del A, de la imposible totalización del Universo del discurso, reemplaza el algoritmo saussureano $\frac{S}{s}$ por el matema $S_1 - S_2$

como escritura de la cadena significativa. En este punto se despliega la investigación sobre el saber, que Lacan designará como S_2 , en su articulación con lo real por una parte y, por otra, se funda en el par significativo la alienación, operación lógica, que *crea* al sujeto como $\$$.

No es casual que la teoría de la identificación sufra en este momento de la enseñanza de Lacan un amplio despliegue; la investigación de sus formas responde precisamente a la falta de identidad que se encuentra a nivel del sujeto del inconsciente.

Esta función de la falta del *je* determinará precisamente la formulación de la alienación, vía el cogito cartesiano y la diferencia simétrica de la lógica matemática, como un *o yo (je)* no pienso o *yo (je)* no soy, en la cual es fundamental precisar que la negación recae sobre el *yo (je)* y no sobre el ser o el pensar.

En esta dimensión se despliega el trabajo, ya lógico, de Lacan sobre el efecto de verdad; la idea de revelación se borra y en su lugar surge la esencial boludez (*connerie*) de la verdad.

Esta dimensión es, en forma global, la que corresponde al *Automatón*.

La segunda dimensión se relaciona con lo que se ubica del lado de la Cosa. Es, en primer término, la dimensión del objeto (a) como causa del deseo, como lugar del objeto perdido en su determinación real que responde para Lacan a su producción topológica. El (a) es matema y hay una lógica del (a) en juego. La misma asume formas diversas, siendo también su punto de partida el S (\bar{A}), es decir, el deseo del Otro. Algunas de sus formulaciones son por ejemplo la lógica del resto, siempre conservada, que Lacan plantea en los Seminarios IX y X, la del irracional que supone su articulación con el 1 del falo como "media y extrema razón del deseo", para culminar en la lógica de la recuperación que, a partir de la plusvalía, conduce al concepto de plus de gozar.

Su operación por excelencia es la separación, la segunda de las operaciones de constitución del sujeto en el Seminario XI, operación fundamental en la definición del final de análisis.

Su articulación con la cadena significante es clara, el (a) es su producto mayor, e introduce una nueva vertiente de la repetición: la *Tyche* o función del encuentro imposible, que es el otro rostro de la repetición.

Aquí, la verdad surge como valor lógico: valor axiomático, como en el fantasma fundamental, valor de verdad del (a), el irracional será la forma en que intentará medirlo.

La confluencia de las dos dimensiones es precisamente el problema que la sexualidad le plantea al ser hablante. Sexuali-

dad y muerte se rearticulan en el XI para culminar en las formulaciones de los Seminarios XII, XIII y XIV acerca de la imposibilidad (lógica) del saber sobre el sexo. El concepto puente es aquí la pulsión tal como surge en el Seminario XI, donde pulsión de muerte y pulsión parcial se articulan. La fórmula central que une las dos vertientes es "no hay acto sexual".

Procederé ahora a precisar con mayor detalle algunos de los hitos centrales de este desarrollo, en su articulación especialmente con el lenguaje a nivel del Eso.

Lógica del Uno

Quisiera comenzar con una cita de Lacan que enuncia claramente lo que luego se expondrá: "(...) el ser del sujeto es la sutura de una falta. Precisamente de la falta que, al escamotearse en el número, lo sostiene con su recurrencia; aunque lo sostiene allí, sólo por ser lo que le falta al significante para ser el Uno del sujeto, es decir, ese término que en otro contexto llamamos rasgo unario, marca de una identificación primaria que funcionará como ideal. El sujeto se hiende por ser a la vez efecto de la marca y soporte de su falta".²⁶ (El subrayado es nuestro).

El problema central que es eje de este desarrollo es precisamente "qué le falta al significante para ser el Uno del sujeto". Lo abordaremos primero desde la perspectiva del rasgo unario.

a) Rasgo unario y nombre propio

Efectivamente, el rasgo unario surge inicialmente en Lacan en relación a la dimensión idealizante del Otro de la demanda. Es caracterizado como la insignia de un "poder todo" en potencia, a partir del que nace como tal la posibilidad, pues es la primera marca del significante sobre el sujeto, marca que entraña su alienación en la identificación primera del Ideal del yo. Esta marca está ligada como tal al poder del Otro, ese que mencionamos al referirnos a la frustración, Otro cuyo capricho deja al sujeto preso de su respuesta a la demanda de amor. El I es inseparable de esa dimensión idealizante, totalizadora, que instala al sujeto en el futuro anterior. Dimensión del proyecto, podría incluso llamárselo significante de la Demanda del Otro,

muy a menudo confundido con el significante del deseo del Otro. Lacan lo había instalado en la dimensión de la donación en relación al Edipo, pero creo que su carácter radical es, precisamente, su determinación por la demanda del A, de la cual también depende la dialéctica del don.

Sin embargo, en el Seminario sobre *La identificación* el rasgo unario adquiere, aunque siempre solidario de la demanda, una nueva dimensión. Lacan lo utiliza para fundar el Uno que indica qué tiene en común todo significante por ser primeramente rasgo. Este soporte que es el rasgo es inseparable del significante como inscripto, como escritura. Como tal marca la subsistencia de la diferencia irreductible que, al repetirse, insiste; su soporte es la letra y gracias a él la diferencia se introduce en lo real. Puede observarse que el concepto de letra pasa a tener un sentido cada vez más ligado a la escritura como escritura lógico-matemática. Las referencias a Pierce y a Frege son en este sentido indicativas.

Si este rasgo funda la posibilidad es porque ésta debe ser entendida en sentido lógico; lo posible es: p o no p. El rasgo por sí solo no alcanza para fundar lo imposible. Pero esta fundamentación lógica de lo posible entraña como tal la no existencia como una de las posibilidades; es la excepción, el casillero vacío que Lacan toma prestado de Pierce, el que permite aquí fundar el universal afirmativo a partir de la excepción, a la que Lacan escribe (-1). Ese (-1) es la primera forma del sujeto como consecuencia del acto de enunciación tal como Lacan lo entiende, es la posibilidad de sujeto y corresponde a esa operación introducida ya en el Seminario IV, la privación.

A este nivel el sujeto es ausencia, todavía no es subjetividad. Su otra formulación, como posible, es la del uno en más (+1), que las vueltas de la demanda en torno al agujero central del toro esconden, en la medida en que no se cuenta la vuelta en más realizada en torno al agujero central del mismo. Sabemos que Lacan indicó la necesidad del cruce de dos toros (el segundo toro es el A), para que el sujeto pueda incluirse en la cuenta (prefiguración de la reunión de la alienación), para que pueda contarse como Yo.

Esta función del unario en relación al uno y su posibilidad o no de representar al sujeto es fundamental para entender que Lacan apunta a algo más abarcativo que a la función del ideal como simbólico y a un tipo de identificación.

A través de la función del (-1), vemos surgir nuevamente al Uno pero esta vez en relación al S (\mathcal{A}), significante de una falta en el Otro, tesoro del significante. Este significante es la respuesta a la pregunta "Che vuoi?", y si es un significante de la falta en el Otro es precisamente porque el Otro, como garante de la verdad, no tiene ninguna verdad última que responder.

Lacan define a este significante como aquel ante el cual el resto de los significantes representa al sujeto, vale decir, como un S_1 .

Sin embargo, este significante es el que nunca podrá incluirse dentro de la batería significativa por "ser un rasgo que se traza por su círculo sin poder contarse en él: inherencia de un (-1) en el conjunto significativo".²⁷ La característica que Lacan le adjudica es la de ser impronunciable. Describe, empero, su operación: "lo que se produce cada vez que un nombre propio es pronunciado. Su enunciado iguala a su enunciación". Luego

da su fórmula: $\frac{S}{s} = s$ (enunciado), con $S (-1)$, $s = \sqrt{-1}$.²⁸

Para dilucidar esta fórmula y esta función del nombre propio, que es diferente a la del ideal, precisamente por vincularse con el \mathcal{A} y no con el A de la demanda, me referiré al desarrollo realizado por J. -A. Miller en su curso del año 84-85.²⁹

Lacan hace referencia a menudo al problema del nombre propio; se examinarán en lo que sigue sobre todo sus formulaciones en los Seminarios IX y XII.

En *La identificación* Lacan ya hace referencia al problema que genera en lógica el nombre propio; incluso se refiere allí, igual que en el Seminario XII, a la polémica del lingüista Gardiner con B. Russell.

Miller señala, para contextualizar el problema, que la discusión sobre el nombre propio es una discusión acerca de la relación entre el nombre y el referente, una descripción resumida, abreviada, "a word for a particular". Gardiner le opone como argumentación que el nombre propio no parece depender del sentido del objeto, sino que es una marca; lo especifica su carácter distintivo y de marca y, en tanto lingüista, acentúa el sonido como rasgo distintivo.

Lacan señala³⁰ que el nombre propio se emparenta principalmente con la letra, en tanto parecería que la escritura

misma nace de la marca. El nombre propio parece, pues, doblar la premisa saussureana del lenguaje, del rasgo diferencial del fonema, pero lo dobla incluyendo el rasgo en relación a la función del sujeto en el lenguaje: nombrarse con un nombre propio. Es aquello que en el lenguaje permite la inclusión del rasgo; por eso, señala Lacan, no se traduce de una lengua a otra, esto es lo que lo caracteriza a nivel de su significación. En el acto de la enunciación hay una nominación latente, enunciación que elide algo que no se puede saber: "El nombre de lo que es como sujeto de la enunciación".³¹

Es pues un (-1), puede faltar, sugiere el agujero y es en realidad una sutura de la falta. Lacan concluye: "el inconsciente del hombre es innominado por ser indeterminado [el sujeto]".³²

Miller incluye en su curso una referencia al lógico Kripke, quien discute y trabaja precisamente la temática del nombre propio.³³ Kripke parte de la crítica a Russell, señalando que toda predicación falla en captar la función propia del nombre. Lo piensa a partir de lo que llama los "mundos posibles". Por ejemplo, decir "Nixon es presidente" podría ser una descripción definida de un referente. Pero, dice Kripke, podría pensarse en un mundo posible donde Nixon no sea presidente, esta posibilidad nada cambia al nombre Nixon. Para él un nombre es absolutamente ajeno, diferente de toda adjudicación de propiedad. Lo denomina designador rígido, precisamente porque permanece constante en todos los mundos posibles. No puede menos que llamar la atención este razonamiento en su cruce con la introducción por parte de Lacan del (-1) como esencialmente relacionado con lo posible. Continúa Kripke diciendo que Nixon no es más que un nombre para ese hombre. Se percata del valor significante del nombre propio, independientemente de su significado: éste apunta pues a un referente sin propiedades, es decir, al casillero vacío de Pierce que encarna a la universal negativa. Entre el nombre propio como S, y el casillero vacío hay una conjunción absoluta.

Lacan señala pues, con razón, que la única descripción definida que hay en psicoanálisis para captar a los individuos es la descripción definida del falo (Φx).

Kripke se percata de que una significación definida es una metáfora, siempre se designa algo mediante otra cosa, es decir, toda descripción implica sustitución; por ende, el referente

nunca es el correcto y todo lenguaje es metafórico o, como lo dice Lacan, el sentido propio no existe, sólo encontramos sentido figurado.

El nombre propio es equivalente al casillero vacío porque si una descripción definida es una descripción que adjudica propiedades, predicados, para éste no vale ninguna propiedad; no puede designarse mediante propiedades un ser que carece de ellas. El nombre propio es lo que en el lenguaje apunta a lo real como imposible de decir, señala Miller; apunta hacia el agujero, al ser como falta en su lugar. Recordemos aquí la relación entre el agujero y el sujeto tal como surge en el apartado anterior. Por eso, continúa Miller, el nombre propio equivale a S (\bar{A}), punto de ausencia del significante adecuado, punto de agujero. Esto es, el designador rígido de Kripke: su enunciado se iguala con su significación.

Podemos concluir de este recorrido que el nombre propio, el rasgo unario, el S (\bar{A}), son todas formas de lo que "le falta al significante para ser el Uno del sujeto", casi podría decirse, para hacerlo Uno. Por eso Lacan dice: "(...) es lo que le falta al sujeto para pensarse agotado por su cogito, o sea, lo que tiene de impensable. ¿De dónde proviene ese ser que aparece en defecto en el mar de los nombres propios?"³⁴ El subrayado de "ser" es nuestro, precisamente porque ese ser, no sujeto, prestemos atención, es el que está "en ese lugar que hace languidecer al ser mismo, que se llama el goce. . ." (ver página 59).

Este mismo significante puede ser considerado como (+1) y en tanto tal responde, luego lo retomaremos, a la estructura de la interpretación.

Acerca de este ser Lacan señala en el Seminario XII³⁵ lo que allí denomina "posiciones subjetivas del ser". Estas posiciones son tres: saber, sujeto y sexo —ser del sujeto del yo soy cartesiano, ser del saber y ser sexuado.

El descubrimiento freudiano es el de una relación inédita del sujeto con un no-saber; en el inconsciente el sujeto rehúsa cierto punto de saber, evita adrede el saber del sexo. El S.S.S. es el que se supone sabe, como sujeto del inconsciente, lo que de ningún modo hay que saber. En la dimensión de este saber el sujeto se presenta como indeterminado, precisamente porque sus efectos de significación varían, porque en el significante no llega a determinarse como Uno; pero el saber (incons-

ciente) se detiene ante el sexo, el cual se presenta como imposible de saber. En la certeza de este saber imposible sobre el sexo se determina su lugar como sujeto, a nivel del puro defecto del sexo. Ambos polos, saber y sujeto se aúnan en el S.S.S., precisamente porque el sujeto es lo que al saber le falta. Lacan señala explícitamente en este seminario que allí donde Hegel ponía a la muerte como fundamento de ese sujeto supuesto, allí se sitúa para él lo imposible del saber del sexo y su consecuencia mayor, el objeto (a). Por eso dirá Lacan en la *Lógica del fantasma* que el inconsciente no habla *el* sexo, sino *del* sexo.

El ser del sujeto es el ser-del-síntoma, allí donde se separan verdad y saber, pues el *síntoma es ser-de-verdad*. El ser-del-saber es ese sujeto imposible y, por ende real, del sujeto del inconsciente.

Ya se indicó que el goce se articula con ese lugar del (-1) y allí se ubica no sólo el nombre propio o el rasgo unario, sino también el falo como significante del goce. El falo como significante del goce introduce el Uno de la unidad que, como elemento tercero, funciona permitiendo una mediación entre ambos sexos. Su función surge precisamente del imposible saber sobre el sexo a nivel del inconsciente, del agujero que allí existe en lo referente al sexo, es decir, de la castración; funciona como signo de una falta.

La ley funciona aquí como interdicción del goce autoerótico, goce que hace obstáculo a la conjunción sexual. En este punto se despliega el complejo de castración y la exigencia de una marca de la interdicción, marca cuya constitución implica un sacrificio inseparable de la elección misma de su símbolo: el falo. Esta elección es posible precisamente porque el falo, en tanto imagen del pene, aparece en falta, negativo, en la imagen especular, escapa al circuito narcisista, concentra un resto autoerótico irreductible. Por este rodeo deviene símbolo del lugar del goce, precisamente porque surge como falta en la imagen deseada, por eso Lacan lo equipara a $s = \sqrt{-1}$ o sea a la significación del goce (- φ). Cuando ésta pasa del lado de lo simbólico, aunque soporte del (-1), de todos modos es imposible de negativizar, se vuelve Φ , significante del goce.³⁶

Vemos a través de este recorrido del Uno y de la función del (-1) cómo diversos significantes pueden ser articulados con ella, significantes cuya función es diferente aunque su base lógica sea la misma: Φ , I, nombre propio, S (A).

Retomaremos esta problemática del Uno en el último capítulo.

b) La operación de alienación

Para terminar recorreré el inconsciente tal como, en función de toda la construcción aquí desplegada, culmina en la formulación del Seminario XI y en el desarrollo de la operación de alienación como fundadora del sujeto del inconsciente en tanto, precisamente, sujeto de las formaciones del inconsciente.

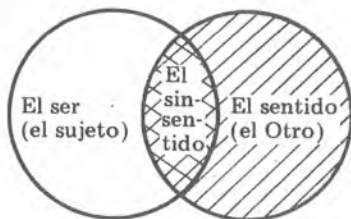
En este seminario Lacan presenta un inconsciente caracterizado fundamentalmente por su función pulsátil, versión temporal del corte, que es definido como lugar por excelencia de una función que caracteriza como pre-ontológica. Es corte, hiancia, discontinuidad, donde lo radical es justamente el intervalo significante. Allí ubica Lacan la función de la causa, en la que se instala como tal el dominio de la ley del significante. Esto implica una primacía de la sincronía, la cual a su vez organiza la diacronía. Esta sincronía conlleva la estructuración limitada de la situación en términos significantes, que es condición para poder articular una legalidad a nivel del azar (basta pensar en el modelo de los (+) y los (-) en "La carta robada").

El inconsciente se presenta así como siendo del orden de lo no-realizado, de lo no-efectuado, que en un momento, el del lapsus, el del síntoma, el del chiste, se actualiza, y en su hiancia permite el hallazgo sorpresivo del sujeto del inconsciente en un punto inesperado. Luego la hiancia vuelve a cerrarse, segundo tiempo de la pulsación. Esta pulsación es indicadora de una temporalidad lógica que Lacan define como "puesta en forma significante de lo real". Este carácter de no-realizado se articula con la no determinación del sujeto del inconsciente o sea con la imposibilidad del *Je* de la enunciación. Recordemos que en el Capítulo I señalamos que el Seminario II termina con una referencia a lo "no-realizado" (véase la página 20).

Precisamente porque éste es un inconsciente no realizado, potencial, que se realiza en acto, justamente el acto fallido, para luego volver a cerrarse; precisamente por eso Lacan define la transferencia como puesta en acto de la realidad del inconsciente, lo cual equivale a decir su realización.

Pero también aclara que esa realidad es la sexualidad. Punto en el que se realiza la junción con nuestra segunda serie.

Este sujeto evanescente surge por la operación de alienación.³⁷ El punto de partida de la alienación como operación de causación del sujeto es el Otro (A), quien habla de él. Ese llamado del A equivale a un S_1 , que tiene una consecuencia doble: por un lado hace surgir al sujeto, por otro, lo borra en tanto anula su presencia. Se vuelve luego tributario de un segundo significante que podrá dar sentido al primero.



La esencia de la alienación es pues la inscripción del sujeto en el lugar de A. Si hacemos funcionar una elección entre ambos significantes, S_1 y S_2 , si el sujeto retiene el sentido, pierde el ser; esto es precisamente lo que ocurre cada vez que se habla. Si se elige el ser, surge la petrificación del sujeto en el significante. Esta es una elección forzada, la del vel alienante, por el que, cualquiera sea la opción elegida, el efecto de pérdida es constitutivo. Así, el vel de la alienación condena al sujeto a aparecer tan sólo en esa división donde o aparece como sentido o como petrificado. En el cruce entre el conjunto vacío (-1) que es inicialmente el sujeto y el A queda como punto común el S_1 , significante sin-sentido que funda el inconsciente.³⁸

Aquí culmina el desarrollo de este punto, pues la operación de separación la situamos del lado de la segunda dimensión que señalamos, la de la *Tyche*, de lo real.

La gramática del Eso

Recorreremos ahora la segunda de las dos dimensiones antes indicadas, la que implica una investigación del campo de *das Ding* y de lo que en dicho campo hace surgir Lacan.

Primero, es importante destacar que, a partir del Seminario XI, Lacan resuelve la articulación entre conceptos fundamentales del psicoanálisis, articulación que era problemática y que adquiere allí un carácter conceptual definido. La articulación entre inconsciente y pulsión es fundamental. También lo es la forma en que sexualidad y muerte se anudan aquí siguiendo de cerca las indicaciones freudianas.

En realidad, esta rearticulación implica un esfuerzo de resolución de aquello que la definición del deseo como metonimia, la constitución del síntoma como metáfora y el desvanecimiento del sujeto del inconsciente plantean como problemas, como ya lo señalamos, en relación a la sexualidad y a la pulsión. En función del mismo se despliega una nueva articulación de la transferencia.

Retomemos nuevamente algo ya mencionado. En el Seminario XI Lacan formula explícitamente que la realidad del inconsciente es la realidad sexual y que la juntura entre inconsciente y sexualidad tiene dos nombres: deseo y pulsión.

a) La Tyche

La introducción de la *Tyche* es al respecto clave. La repetición como insistencia de la cadena de signos está presente desde el Seminario II. La función de la repetición no se agota en ella, pues ésta entraña en cuanto tal la presencia de lo real, presencia que se define como la de un encuentro imposible, relacionado con el azar, con una cita —con su connotación de apuesta— que nunca se logra. Este fallo del encuentro es precisamente lo que define su carácter de real. Lacan señala que su presencia inicial en el psicoanálisis fue el trauma, que le impuso un origen aparentemente accidental, y que presentaba a lo real en su carácter de inasimilable. En el seno mismo de los procesos primarios el trauma insiste, sin embargo, lo cual indica su relación con la estructura misma.

Para Lacan el lugar de lo real, a partir de Freud, va desde el trauma hasta el fantasma, siendo la función misma de éste ser pantalla que oculta lo real.

Recordemos que la repetición se estructura como *Automatón* y *Tyche*, términos éstos tomados de Aristóteles. Son éstas dos formas de la causa que se agregan a las cuatro cau-

sas clásicas de la teoría aristotélica. El *Automatón* es el azar, y corresponde en latín al *casus*; la *Tyche* es la suerte o la fortuna. Ambas formas de causa son acontecimientos que se separan de lo común por un rasgo, la excepcionalidad: son cosas que a veces suceden; otras, no; siendo definidas como causas "reales", aun cuando expresen una causalidad por accidente.

El *Automatón* corresponde a lo accidental en los fenómenos naturales y la *Tyche* a lo accidental en los asuntos humanos. En Aristóteles ambas se diferencian del destino, del hado, que está predeterminado.

Si el *Automatón*, como cadena de insistencia significativa que responde a las leyes del azar. (remitimos al Capítulo I), implica la legalidad de un saber en lo real; él es, finalmente, equiparable a la legalidad de cualquier fenómeno. La *Tyche* en cambio marca, como lo señala Aristóteles mismo, el accidente, lo no necesario, es decir, la contingencia a nivel del ser hablante como esencial. Pero aquí la contingencia del encuentro tiene su punto de imposible; ese imposible es que el encuentro sea logrado. Lo imposible es ya imposible lógico y, si bien la *Tyche* marca un punto de real en el sentido de lo que vuelve siempre al mismo lugar, marca también un punto de imposibilidad lógica: el objeto que debería acudir a la cita está perdido en la estructura; *das Ding*, el bien supremo está interdicto. Si no lo estuviese, si el encuentro fuese posible, la ley no existiría. La repetición como encuentro imposible es pues un punto axiomático en la estructura del psicoanálisis, tal como Lacan lo retoma siguiendo a Freud.

La *Tyché* es lo que indica que la vida no es sueño, dice Lacan. Por eso ella se articula con el despertar que, más allá del accidente que puede ocasionarlo, oculta otra realidad que yace tras el sueño, que debemos buscar más allá del sueño mismo, en lo que éste, al igual que el fantasma oculta: el *Trieb*.

b) Pulsión parcial y Sexualidad

La pulsión parcial es el representante de las consecuencias del sexo en el ser hablante, es decir, que el sexo se representa y se instaura en el campo del sujeto por algo que no es la sexualidad misma, por un camino que es el de la falta.

En este punto se produce el recubrimiento de dos faltas:

1. La primera es la que surge de la alienación del ser del sujeto en el campo del Otro;
2. la segunda es retomada por la primera, pues es una falta real, que debe ubicarse en relación al advenimiento del ser vivo, vale decir, al surgimiento de la reproducción sexual. "La falta real es lo que el ser vivo pierde, de su propio ser vivo, al reproducirse por la vía sexual. Es real pues se relaciona con algo real; el ser vivo, por estar sujeto al sexo, cae bajo el efecto de la muerte individual."³⁹

Por este rodeo, la pulsión parcial es también pulsión de muerte y representa la parte de la muerte en el ser vivo. A esa parte faltante, perdida como acción de una falta real, la encarna el mito de la laminilla. La presencia del sexo está así íntimamente ligada a la de la muerte. Punto de junción entre las primeras formulaciones de Lacan sobre la muerte y el lenguaje con la sexualidad y el lenguaje, indicado por el recubrimiento de estas dos faltas, la de la alienación significativa y la de la reproducción sexual.

La fórmula de la pulsión ($\$ \diamond D$) ocupa el lugar del código a nivel de la cadena superior del grafo, y Lacan la designa "tesoro del significante". Ella es articulación entre el sujeto del inconsciente y la demanda, pero la demanda aquí no es la demanda tal como funciona en el piso inferior, donde culmina en la determinación del *moi* a través del significante del Ideal, al que ya nos hemos referido. Aquí el rombo indica una conjunción que se consume en un doble desvanecimiento: el del sujeto en la demanda y luego el de la demanda misma; queda tan sólo el corte, cuya importancia creciente en la enseñanza de Lacan es evidente. Este rasgo del corte —puro intervalo— es lo que diferencia a la pulsión de la función orgánica: "su artificio gramatical. . ."⁴⁰

Dijimos que ella es el único representante de la sexualidad en el psiquismo y es parcial respecto a la reproducción como finalidad biológica. Tan sólo *representa*, y parcialmente, la sexualidad del ser vivo. Ella es montaje que permite que la sexualidad participe en el ser hablante "conforme a la estructura de hiancia que es la del inconsciente".⁴¹

El problema es ahora cómo se articula ese montaje que es la pulsión parcial con el deseo.

Lacan plantea el problema del siguiente modo: "A nivel del psicoanálisis debe revelarse ese punto nodal por el que

la pulsación del inconsciente se liga con la realidad sexual. Ese punto nodal es el deseo".⁴² Sabemos que el deseo depende de la demanda cuya estructura significativa deja ese resto metonímico, elemento que *no es indeterminado*, es decir, que se opone a la indeterminación estructural del sujeto del inconsciente. "Esta función del deseo es residuo último del efecto del significante en el sujeto (...) a partir de él se instituye lo esencial del proceso primario."⁴³ La realidad en cambio se caracteriza por su desexualización. El deseo presentifica pues la incidencia de la realidad sexual en el inconsciente.

Esta articulación se lleva a cabo por la puesta en juego de lo que Lacan designa como aparato en el cuerpo, aquello con lo cual el cuerpo, en relación a la sexualidad, "puede aparejarse, ser distinguido de aquello por lo que los cuerpos pueden aparearse".⁴⁴ En la medida en que algo en el aparato del cuerpo presenta o tiene estructura de hiancia, en función de la unidad topológica de esas hiancias con las del deseo inconsciente, la pulsión parcial interviene en el inconsciente.⁴⁵

La dialéctica de la pulsión es la del tiro al arco, la cual le servirá a Lacan para articular su gramática. Esta dialéctica se estructura en un movimiento de ida y vuelta, que funda la inversión de los tiempos verbales que Freud supo describir. Esa inversión apunta al carácter eminentemente circular del recorrido pulsional. Lacan diferencia en este punto al *aim*, el trayecto, del *goal*, la meta, que significa haber acertado. La meta de la pulsión no es más que este retorno mismo en circuito. Llegar a la meta produce la satisfacción, pues el análisis debe operar a nivel de la satisfacción misma de la pulsión; allí algo debe rectificarse, algo que hace que el sujeto se dé *trop de mal*, en su doble sentido de mal: demasiado esfuerzo y demasiado dolor, hacerse mal, a través de lo cual satisface algo. Aquí el problema reside a nivel de la satisfacción en su articulación con lo imposible, es decir, lo real. Este real no es construido ya por Lacan, surge más adelante y prefigura lo que el discurso del analista indica: la solución pasa por el paso de la impotencia a la imposibilidad, a ese imposible central que es la inexistencia de la relación sexual.

Las tres voces del verbo que Freud distingue en *Pulsiones y sus destinos* (activa, pasiva, reflexiva) muestran la importancia de la gramática en la estructuración de la pulsión y en torno a ella se producen esas inversiones mirar-ser mirado, chupar-

ser chupado y esa otra fundamental, mirarse, chuparse, en la que se realiza la circularidad de la pulsión.

La pulsión sale del borde de la zona erógena y a ella vuelve, es un lazo que se cierra sobre sí mismo. En este trayecto (*aim*) se dibuja el objeto de la pulsión, la pulsión le da la vuelta, y el objeto se instala en el agujero central; contornearlo es ya la satisfacción pulsional.

La demanda estructura la pulsión y precisamente la gramática pulsional pasa para Lacan por una topología de la demanda. En el Seminario XII, Lacan retomará un modelo de *La identificación*, el del toro cuyo agujero interior, al ser recorrido por los lazos de la demanda, genera a la vez el (+1) o el (-1) del sujeto, fundado en la vuelta en más del agujero central del toro; pero que dibuja además, a nivel de ese agujero central, al objeto (a). Aquí Lacan usa un objeto topológico más complejo, la botella de Klein, en cuyo interior-exterior hay un punto de reversión que, a partir de cierto corte, puede ser visto como tórico, punto en el cual las espiras de la demanda invierten su sentido; esta inversión del sentido es la que funda el paso activo-pasivo de la gramática pulsional.

La pulsión tiene con el inconsciente comunidad de hiancias, de allí el valor fundamental de la zona erógena, y su sujeto tiene con el sujeto del inconsciente tan sólo ese tipo de comunidad, pues Lacan define a la pulsión como "modo de un sujeto acéfalo, pues todo se articula allí en términos de la tensión, sólo tiene con el sujeto una relación de comunidad topológica".⁴⁶

Por eso Lacan recurre a la topología cuando debe dar cuenta del funcionamiento de la demanda en la pulsión y de su gramática, señalando que cuando calla la demanda comienza la pulsión; ésta es silencio, un callarse que no libera al sujeto del lenguaje, el goce pulsional es mudo.

Evidentemente, desde esta perspectiva, la pulsión totalizadora, la pulsión genital no existe. El único lugar donde puede construirse es en el campo del Otro. La experiencia psicoanalítica no muestra otra cosa: la pulsión genital está sometida a la circulación del Edipo, a las estructuras de la alianza. Así, el único soporte de la pulsión sexual total es la conjunción entre el campo de la pulsión y el campo del Otro, éste es "el único punto en que la relación de los sexos está representada a nivel del inconsciente".⁴⁷

c) La separación

El objeto de la pulsión no es sino el objeto (a) y, al igual que el objeto causa del deseo, depende de la demanda para su producción. Producto mayor del inconsciente estructurado como un lenguaje, vinculado en su producción a la metonimia de la cadena significante. Por eso Lacan lo descubrió primero como el objeto metonímico por excelencia, parte del todo por un lado y, por otro, aquello que el próximo significante parece prometer y que nunca acude más que en el fallo del encuentro, en su malogro mismo.

Objeto "causa" y objeto de la pulsión comparten una comunidad topológica y difieren en la función que cumplen. Explícito en la fórmula del fantasma, retiene allí al sujeto en su *fading* —haciendo de pantalla a lo real— y a la vez lo divide, lo hiende. El objeto pulsional está ausente de la fórmula, está implícito en su trayecto que lo dibuja, es mudo, es la boca que se besa a sí misma y se realiza en un goce silencioso.

Este objeto es inseparable del S (\mathcal{A}), es decir, del deseo del Otro, y como tal se produce en la operación de separación. Esta es la que le permite al sujeto, \mathcal{S} , de la alienación, escapar de la vacilación del vel alienante, salir de su indeterminación. Su referencia no es el discurso del Otro, sino su deseo, y por eso la transferencia se sitúa aquí para Lacan. Su operación lógica es la intersección, que es en realidad un vacío; no apunta a los significantes del Otro, sino al intervalo que yace entre ellos, ese intervalo que hace que más allá de lo que el Otro diga se esboce la pregunta acerca de qué desea. La falta, como vimos, se presenta como pregunta. Ante la pregunta que surge por la falta del Otro, el sujeto responde con su propia falta, surgida del tiempo anterior, es decir, con \mathcal{S} , su desaparición significante, constitutiva del sujeto del inconsciente. Coloca en primer término como respuesta la falta de su propio ser, es el "¿puede perderme?" por el que el niño pone a prueba con la idea de su muerte el deseo del Otro.

La separación en juego es la del objeto respecto a la cadena significante, que entraña una ganancia a nivel del ser; positizando su falta en tanto \mathcal{S} se sitúa como lo que le falta al Otro, es decir, como causa de su deseo. Puede apreciarse, como bien lo señaló J. -A. Miller,⁴⁸ que la separación entraña una paradoja. Por un lado, ella se sitúa en el punto de falta del Otro, en rela-

ción al cual se instaure todo objeto como perdido, como parte que juega sola su partida. Por otro, consiste en encontrar un lugar en el Otro allí donde hay en éste falta. Desde este ángulo es también una operación de fijación en el Otro; en *Posición del Inconsciente* Lacan lo llama "condición para que el sujeto tenga un estado civil".

Recordemos el desarrollo que hicimos acerca del Uno del sujeto y de su falta. Lacan, en el Seminario XIII, aludiendo a él, dice: "(...) por lo menos dos cosas ocupan ese lugar: el objeto (a) y el nombre propio. Ambos cumplen la misma función pero precisamente no deben ser confundidos".⁴⁹

La separación del (a) es pues simétrica como función de la producción del nombre propio y su referencia significante es exactamente la misma: S (A).

d) No hay acto sexual

El camino de esa ganancia de ser y de su lógica se despliega en la *Lógica del fantasma* y en *El acto analítico*.⁵⁰ Confluyen allí todos los desarrollos hasta aquí expuestos, pero hay un punto central que da la clave de este desarrollo mismo: Lacan dice que el secreto del psicoanálisis es que no hay acto sexual, fórmula antecesora del no hay relación sexual. El sujeto no puede inscribirse como sexuado en relación al otro sexo sin la mediación de un tercer elemento, el cual puede ser alternativamente el falo o los objetos (a). Hay sexualidad, no sexo, porque no hay acto sexual, pues éste como todo acto es significante y aquí enfrentamos una falta del significante. La inexistencia del acto sexual es lo que Lacan define como el sentido lógico (entiéndase como siendo el sentido el colmo del sin-sentido, del *nonsense*) de la castración. La significación (imaginaria) de la misma es el $(-\varphi)$.

Así, la diferencia sexual sólo se sostiene en la significación de algo que falta bajo la forma del falo. El deseo, a nivel de la sexualidad se representa por la marca de una falta, A, y la castración imaginaria es una forma de eludir la consecuencia de esta verdad: no hay Otro.

Su representante, $(-\varphi)$, indica la radical inadecuación del pensamiento inconsciente a la realidad del sexo y, en lo tocante a su realización subjetiva, Lacan articuló el $(-\varphi)$ con la función

de la detumescencia, la cual es un límite al goce determinado por el placer.

El significante fálico es un uno que da la extrema y media razón del deseo en lo referente a la conjunción sexual. El sujeto se mide con respecto a él en tanto (a), la relación entre el 1 del falo y el (a) engendra el inconmensurable, la imposible común medida del (a) con el goce como sexual. Por eso Lacan alude al (a) y al falo como fuera del cuerpo, en la medida en que ambos, elementos terceros, suplen la relación imposible, se caracterizan por ser "separables", puntos de corte que escapan a la totalización narcisista, pero también puntos de recuperación de goce. Uno de ellos, el falo, representado por un significante, el otro, el (a) escapando al significante. El inconmensurable, el irracional es un esfuerzo por parte de Lacan de medir precisamente el valor de goce del (a).

Ambos marcan la imposibilidad del Uno totalizante del sexo, del acto sexual.

Vemos a Lacan enfrentar al goce en términos de su economía, tratando de operar sobre él. El goce, perdido originariamente por la acción alienante del significante que lo separa del cuerpo, entra en un mercado de valor, surgiendo así el valor de goce.

El falo es una de sus formas, que se traduce en la lengua por el uso jurídico de la palabra goce: gozar de un bien, metáfora del goce perdido. En esta operación se funda el valor de goce fálico de la mujer en el intercambio.

Este valor surge a nivel del falo por la pérdida operada por la interdicción del autoerotismo, siendo así la castración punto original en la economía del goce, que no existe más que por la anulación del goce involucrado en el acto sexual que no hay.

Este desarrollo en torno al falo y al (a) implica una reformulación de la alienación a partir del cogito cartesiano transformado por una diferencia morganiana que estructura su vel alienante como un "o yo no pienso o yo no soy", que permite establecer una separación válida entre Eso e Inconsciente. Ya señalamos que la negación recae sobre el Yo.

La elección forzada del lado del yo no pienso, el no-yo de esta elección, no por no ser deja de tener ser. Es todo lo que en el discurso como estructura lógica no es yo, es *Eso*, que se designa mediante la estructura lógica gramatical, o

sea, el soporte de la pulsión, el eso freudiano como anónimo, el ser del goce. Así, el sujeto encuentra un yo soy, que Lacan llamará luego falso ser del sujeto. El eso está mordido por un desér: el (a), verdad de la estructura, un ser hecho de nada. El axioma fantasmático como matriz de significación en tanto que valor absoluto se sitúa en este punto. Junción del § con el a, su desarticulación permite la emergencia como tal de la pulsión. Opera así como un puente entre deseo y pulsión.

Del lado del yo no soy, subsiste un "pienso" que lo complementa, pues ese yo no soy está primariamente reprimido. Tenemos pues un pensamiento que no es yo (*je*). Lo impensable de ese pensamiento, es decir, la ausencia de acto sexual, produce el ($-\varphi$), es decir, la inexistencia del sexo.

El analizante se encamina hacia la opción del "yo no soy" por la acción de la regla fundamental misma, y a esto Lacan lo denomina operación verdad. El síntoma, como ser de verdad, es inseparable de esta operación. El límite de su metáfora incesante es precisamente lo real como lo imposible del sexo. Al final de esta opción se encuentra la castración como experiencia subjetiva, que es la única realización del sujeto, el surgimiento del ($-\varphi$), realización de la carencia del órgano del goce único, unificante en la conjunción sexual. A esta experiencia Lacan la denomina destitución subjetiva.

El desér que bajo la forma del (a) se coloca del lado del "yo no pienso" corresponde a la posición del analista, y allí se produce el desér en el final de análisis, equivalente a la destitución del S.S.S.

Porque no hay acto sexual, Lacan puede plantear en este momento el acto analítico como un acto sin Otro, porque es precisamente asumir las consecuencias de esa verdad que es el \bar{A} , la inexistencia del Otro, del Otro sexo.

La posición de objeto que el S.S.S. encubría culmina en ese desecho, en ese desér al que lo reduce su acto mismo.

Para concluir, señalemos que el *agalma* de la transferencia, se divide en ($-\varphi$), destitución subjetiva, y (a), desér, y que su disyunción misma es la fórmula del final de análisis.

J. -A. Miller propone, en el curso recién citado⁴⁸, que esta disyunción equivale a la fórmula del pase.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre IX, Seuil, París, 1973.
2. J. Lacan, *Reseñas de enseñanza*, Manantial, Bs. As., 1984, p. 21.
3. S. Freud, *Proyecto de una psicología para neurólogos*, *Obras Completas*, Tomo I, p. 363, Amorrortu, Bs. As., 1982.
4. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre VII, *l'Ethique de la Psychanalyse*, lección del 18-11-59. Inédito.
5. S. Freud, Carta 52, *ibíd.*, p. 280.
6. J. Lacan, *Reseñas de enseñanza*, p. 13.
7. S. Freud, *ibíd.*, p. 367.
8. S. Freud, *ibíd.*, p. 378.
9. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre VIII, lección del 9-12-60.
10. J. Lacan, "Kant avec Sade", en *Ecrits*, p. 766, Seuil, París, 1966.
11. J. Lacan, "Remarque sur le rapport de Daniel Lagache", en *Ecrits*, p. 679.
12. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre VII, lección del 27-1-60.
13. *Ibíd.*, lección del 16-12-59.
14. J. Lacan, "Subversion du sujet et dialectique du désir", en *Ecrits*, p. 805.
15. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre VII, lección del 13-1-60.
16. J.-A. Miller, *Síntoma y fantasma*. Curso del año 1982-83. Inédito.
17. J. Lacan, "Remarque sur. . .", *ob. cit.*, p. 656.
18. *Ibíd.*, p. 666.
19. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre VII, lección del 16-12-59.
20. J. Lacan, "Subversion du sujet. . .", *ob. cit.*, p. 819.
21. *Ibíd.*
22. *Ibíd.*, p. 821.
23. *Ibíd.*, p. 825.
24. En todo lo referente al (a), no me explayaré, pues forma parte de mi tesis de doctorado *El concepto de objeto en psicoanálisis*. Inédita.
25. J. Lacan, "Proposition du 9 Octobre 1967", *Scilicet I*, Seuil, París.
26. Véase la segunda parte de este trabajo, "Las leyes del lenguaje".
27. J. Lacan, *Reseñas de enseñanza*, p. 32.
28. J. Lacan, "Subversion du sujet. . .", *ob. cit.*, p. 819.
29. *Ibíd.*
30. J.-A. Miller, 1, 2, 3, 4. Curso del año lectivo 1984-85. Inédito.
31. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre IX, *l'Identification*, lección del 20-12-61. Inédito.
32. *Ibíd.*, lección del 10-1-62.
33. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XII, *Problèmes cruciaux de la Psychanalyse*, lección del 6-1-65. Inédito.
34. J. Lacan, "Subversion du sujet. . .", *ob. cit.*, p. 819.
35. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XII, lección del 19-6-65.
36. J. Lacan, "Subversion du sujet. . .", *ob. cit.*, p. 821-823.
37. J.-A. Miller, *Síntoma y fantasma*.
38. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XI, *Les quatre concepts fondamentaux de la Psychanalyse*, París, Seuil, 1973, Cap. XVI y XVII.
39. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XI, p. 186.

40. J. Lacan, "Subversion du sujet. . .", ob. cit., pag. 817.
41. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XI, p. 100.
42. *Ibíd.*, p. 141.
43. *Ibíd.*
44. *Ibíd.*, p. 161.
45. *Ibíd.*, p. 165.
46. *Ibíd.*
47. *Ibíd.*, p. 181.
48. J.-A. Miller, *Síntoma y fantasma*.
49. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XIII, *L'objet de la psychanalyse*, lección del 16-12-65. Inédito.
50. Aquí remitimos a los dos seminarios, pues lo que sigue es una apretada síntesis de ciertos ejes de los mismos. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XIV y Livre XV, inéditos. Véase también *Reseñas de enseñanza*.

CAPITULO IV

LO REAL DE LA LENGUA Y LA MUJER

La introducción del concepto de lalengua en Lacan es una culminación de un largo recorrido a lo largo del cual lo real va encontrando su lugar en el seno mismo de lo simbólico, es decir, de la estructura del lenguaje como tal.

El surgimiento de este concepto y su formalización se producen entre los Seminarios XVIII y XX, a los que prestaremos especial atención. La condición de lalengua es lógica: la definición del no-todo $\forall x$, la negación del cuantor universal, que no es utilizado en lógica, pues la negación en la lógica de la cuantificación se realiza sobre la función. El no-todo es común a lalengua y al significante de la sexuación femenina, ~~La~~ mujer tachada. La simple observación de estos significantes, pues lalengua en una sola palabra es un nuevo significante introducido por Lacan, nos indica que el *la*, el artículo definido, es el eje de las modificaciones. En un caso aparece cruzado por la barra, para indicar así su inexistencia, es decir, la imposibilidad de un universal de La mujer; en el otro aparece soldado al sustantivo, cuya universalidad queda igualmente negada; debe decirse una lalengua, como una mujer.

Esta negación de la universal es consecuencia directa de un axioma de Lacan a menudo mencionado: no hay Otro del Otro, no hay metalenguaje, nada es todo, su matema es $S(A)$, y marca lo imposible del todo a nivel del universo del discurso. Siguiendo la línea que hemos desplegado, esta formulación es inseparable del axioma "no hay relación sexual", que surge como ordenando la estructura del inconsciente. Así, el pleno desarrollo de este axioma, que marca lo imposible, es decir, lo real de la sexualidad, culmina en una logificación cuantificacional de la sexualidad y la redefinición de la estructura de lenguaje del inconsciente como lalengua.

Pero este proceso es inseparable de un proceso de escritura lógica, en función del cual el "no hay relación sexual" debe ser entendido en el contexto de una lógica modal, cuya escritura tradicional Lacan modifica como veremos posteriormente. La relación sexual como imposible es imposible de escribir, y es imposible de escribir porque, como ya lo decía Lacan en el Seminario III, el significante de *La mujer* no existe. Existe el falo como significante del goce, que permite inscribir a todo ser hablante, más allá de su sexo biológico, como respondiendo a la función fálica. Pero esto es imposible allí donde falta el significante de la mujer. Falta precisamente porque lo que no puede escribirse es que toda mujer se defina por la negación de la función fálica, estableciéndose así la correspondencia entre ambos conjuntos, $\forall x \bar{\Phi} x$; ésta es la fórmula ausente que ordena la relación sexual como imposible o que, como la define Lacan, en tanto que imposible *no* cesa de *no* escribirse. Lo mismo puede decirse de la lengua, pues ella desmiente el universal del lenguaje.

Vemos en este punto un distanciamiento de Lacan de lo que fueron sus referencias iniciales, distanciamiento crítico de la lingüística, de la antropología estructural, de la filosofía. Sólo la lógica y la matemática parecen conservar un valor axial y la referencia a las mismas es insistente. Sin embargo, Lacan conserva el terreno ganado a partir de sus reflexiones iniciales. El inconsciente sigue estando estructurado como *un* lenguaje y ese *un* adquirirá un valor capital en el desarrollo sobre la lengua.

Hé comenzado describiendo brevemente la culminación de esta teorización de la universal en su articulación con el lenguaje y la sexuación; trataré ahora de reconstruir los hitos de este desarrollo que me parecen más relevantes.

La intrusión del goce en el lenguaje

En un texto de 1970, *Radiofonía*,¹ Lacan realiza una crítica a muchas de sus antiguas referencias y redefine algunos de sus conceptos en función de la introducción de los conceptos de plus de gozar y de discurso, tal como surgen de los "cuatro discursos". Evidentemente, la aspiración de Lacan al matema comienza a plasmarse con los cuatro discursos y culmina con

las fórmulas de la sexuación que se aúnan a la retórica joyceana de lalengua. Sin embargo, Lacan siempre señaló que éstos eran símiles de matemas, no verdaderos matemas matemáticos. El automatismo de su uso es pues relativo. Los mismos se acompañan de un interés, como hemos visto, presente desde hacía tiempo, desde los inicios de su enseñanza, por la escritura. Aquí nuevamente la escritura oscila entre la escritura tal como la entiende la lógica matemática, es decir, vaciada de significación, y el juego del equívoco de lalengua, cuyo modelo es Joyce, que por una vía harto diferente también acaba con el sentido, prueba de ello es *Finnegan's Wake*.

La polémica de Lacan tiene como punto de mira la proliferación de la semiótica, a la que considera una regresión en relación a las premisas saussureanas por promover el signo (lo que supone a alguien) a un rango principal, permitiendo así la apropiación del lenguaje como mera herramienta, protegido tras la máscara de la comunicación.

Jugando con sus propias definiciones plantea que “el inconsciente es la condición de la lingüística”² y señala que ésta no tiene el menor asidero sobre el inconsciente.

El hecho de que la cura sólo puede realizarse en una lengua particular garantiza la inexistencia del metalenguaje. Esta lengua particular hace que el lenguaje caiga bajo el efecto de lo que denomina el “cristal lingüístico”,³ que esboza ya a lalengua.

Tampoco se salva Lévi-Strauss pues, según Lacan, todo lo que formuló sobre el mito rehúsa las tesis de “Instancia de la letra”: “No opera ni con la metáfora ni con la metonimia; no condensa, explica; no desplaza, aloja (...). Sólo juega a combinar sus unidades pesadas, donde el complemento por asegurar la presencia de la pareja hace surgir un trasfondo que su estructura rechaza”.⁴ Vemos unirse nuevamente el rechazo a la universalización, al todo, tanto en el campo de la significación como en el de la sexualidad.

El punto que más nos interesa de este texto es la revisión de la metáfora y la metonimia que en él lleva a cabo Lacan. La misma implica su articulación con el goce, ausente en la época de la “Instancia de la letra”.

Ambas operaciones son consideradas como el principio del “dinamismo del inconsciente”. Este dinamismo recibe aquí un matiz distinto, pues aunque depende de la barra que

separa significante y significado, aquí la definición de la barra se modifica. Si antes era "resistente a la significación", ahora es "un borde real". La función topológica del borde entra en juego aquí unida a lo real, es decir, nuevamente a lo imposible. La barra se puede saltar, pero define ahora la discontinuidad que es parte de lo simbólico mismo, siendo el corte, otro nombre del borde, un punto de real.

Refiriéndose específicamente a la metáfora observemos que en el '70, el salto de la barra que ella logra es definido como efecto de sentido, mientras que en "Instancia de la letra" era definido como efecto de significación. Aquí la oposición sentido-significación está plenamente desplegada. El sentido es el colmo del sin-sentido, se articula con la lógica (ver Capítulo III), con el *A*; la significación es del orden de lo imaginario. En este caso un significante hace ola (comparó antes el significado, en función del esquema de Saussure, a lo que fluye y el significante a lo que flota) en la marea del significado.

Segundo, diferencia la metáfora poética de la metáfora en su funcionamiento inconsciente. En la poesía, el significante sustituido sólo falta en sentido metafórico, pues su sustitución depende de un "hacer" y puede, por lo tanto, deshacerse. Aquí el sin-sentido asoma plenamente.

La condensación, en cambio, en tanto parte de la represión tiene un efecto muy diferente: hace al retorno de lo imposible, que debe concebirse como el límite a partir del cual se instala en lo simbólico la categoría de lo real. El efecto de sin-sentido no es aquí retroactivo sino actual, el hecho de lo real. "La metáfora al operar al servicio de la represión produce condensaciones."⁵ Implica pues que hay dos cadenas significantes y su cruce produce chirridos. Por eso no opera en este caso el arte poético, sino razones. Las razones se relacionan siempre con un discurso, es decir, con efectos de lenguaje que son anteriores a la significancia del sujeto aunque la presentifiquen.

En este punto Lacan introduce la noción del inconsciente como depósito, aluvión de lenguaje —definición que aplicará más tarde a la lengua—, producto de "la materialización intransitiva del significante con el significado".⁶

Pasemos ahora a la metonimia. Indica que la misma no juega con la barrera del sin-sentido, sino con "el goce en el que el sujeto se produce como corte", es decir, la función del plus

de gozar, el (a). La metonimia opera a partir de un metabolismo del goce, cuya regulación reside en el corte del sujeto. Es pues valor de goce lo que tranfiere (ver Capítulo III) y así el goce entra en la contabilidad del inconsciente. Recuperación contable que juega sobre un goce perdido, el goce del Otro, que al perderlo deviene el lugar del A, lugar vaciado de goce. El goce del Otro es enigma y estará en el centro del desarrollo de la sexuación, en la medida en que el Otro es el Otro sexo.

El mecanismo de la metonimia es giro (en el sentido bancario de transferencia de fondos, de valores, sentido que Lacan ya había señalado en relación al uso del término transferencia en *La interpretación de los sueños*, donde ésta se articulaba con el desplazamiento), pero giro de lalengua también, pues lo que en ella circula es el goce. En este párrafo está contenido lo que luego será definido como el goce de lalengua, goce propio del inconsciente, que es porque no es el goce del Otro sexo. El lenguaje funciona desde el origen en suplencia del goce sexual, ordenando de este modo la intrusión del goce en la repetición corporal.

Lalengua, al igual que *La* mujer, se funda en la inexistencia de su universal. A este concepto de inexistencia Lacan le dedica una parte importante del Seminario . . . o *peor* y es necesario precisar el uso que hace de él.

Su concepto de inexistencia desde ya no es "existencialista", es lógico y lo toma explícitamente de Frege. Para Frege, las propiedades de un concepto no son las características que componen a dicho concepto. Esas características son propiedades de las cosas que caen bajo el concepto. Por ejemplo, ser rectangular no es una propiedad del concepto triángulo rectángulo. Sí lo es la proposición de acuerdo con la cual no hay ningún triángulo equilátero escaleno. A esta proposición, en la que está presente observemos el *no hay* de las fórmulas de Lacan, Frege le asigna como valor 0 y ella es una propiedad del concepto.

De este modo el concepto de existencia es tratado por Frege exactamente igual, de manera afín o análoga a su tratamiento del número. "La afirmación de existencia no es más que la negación del cero" dice Frege. La existencia es pues definida de este modo como una propiedad del concepto, dejando de lado todo argumento ontológico.

Lacan hace funcionar la existencia y la inexistencia tal como las formula Frege, según una lógica de la cuantificación. Esta lógica produce una división del enunciado diferente de la tradicional. La lógica tradicional divide al enunciado en tres elementos: el sujeto, el verbo o cópula y el predicado o atributo. La cuantificación en cambio divide al enunciado en dos elementos, el argumento —o sujeto— y el predicado —el verbo—. Así la universal, que se expresa como Todo x , cumple o no con lo que pasó a llamarse función, en lugar de predicado. La particular se formula como Hay un x , algún x , ningún x o no hay.

Puede apreciarse que Lacan retoma aquí la problemática de la excepción que había trabajado a partir de Pierce para la función del (-1) , la cual es examinada de nuevo aquí, desde otra perspectiva.

Esta inexistencia Lacan la hace funcionar en relación al goce y a la verdad. Decir que goce y verdad son inexistentes es equipararlos a un cero. Recordemos que el cero no es la ausencia del Uno, pues la ausencia del 1 es el (-1) . Lacan propone al término castellano “nada” como diferente al *rien* francés. Este término designa una falta, el lugar en que se hace un agujero. Por eso el cero no es la negación de la verdad sino, en tanto inexistencia, la verdad de la falta. El cero, como lo demostró Frege es la condición de establecimiento de la serie de los números enteros; sólo a partir de él se puede engendrar el Uno, sin uno y cero no habría dos, de modo que el mínimo necesario es tres. La ex-sistencia tiene su sustento en un afuera que no es.

La inexistencia del goce reside en la *Tyche*, es decir, en el automatismo de repetición como encuentro imposible. La inexistencia de la verdad se funda en el medio decir de la misma, en la inexistencia de la verdad toda, absoluta, y ella condiciona el síntoma. El síntoma es precisamente la inexistencia de la verdad. Recordemos que Lacan (ver Capítulo III) hablaba del síntoma como ser de verdad; pues bien, en tanto ser de verdad la inexistencia de la misma es su consistencia propia. Lacan reiteradamente adjudica a Marx el descubrimiento del síntoma, justamente en tanto verdad mediocrítica que funda la inexistencia de la verdad toda.

Tenemos pues la inexistencia del todo del goce, de la verdad, del lenguaje (la lengua) y de la mujer (La mujer), fórmulas

todas que se expresan con un “no hay”, que tienen en común como matema $S(A)$.

La necesidad es producción de discurso y sólo comienza con el ser hablante. Es, como tal, hecho de discurso y exige la inexistencia. En tanto existe el inconsciente, su existencia se funda en una inexistencia, por ejemplo, en el medio decir de la verdad del síntoma, que es la inexistencia de la verdad toda. La suposición de inexistencia es consecuencia de la producción de la necesidad.

El desarrollo de Lacan en este punto de su enseñanza, donde el concepto de no-todo es clave, exige el análisis de las “importaciones” con las que llega a fundarlo. Por un lado, tenemos, a través de la lógica de la cuantificación, la introducción de los problemas de lo particular y lo universal; por otro, a través de lo imposible, lo posible, lo contingente y lo necesario, tenemos la utilización de una lógica modal. Las fórmulas de la sexuación implican el uso simultáneo de ambas lógicas.

La lógica que Lacan descubre en Juanito, ser o tener el falo, corresponde a una lógica predicativa tradicional. La misma mantiene su pertinencia en la dimensión de la función fálica y también en el ordenamiento de los efectos clínicos.

La introducción de la cuantificación implica necesariamente la utilización de una escritura lógica. Desde esta perspectiva el inconsciente más que palabra es inscripción, escritura. Las innumerables referencias a la carta 52 y a las inscripciones sucesivas indican suficientemente la presencia de esta temática en Lacan. Pero ahora, la misma es retomada con mayor énfasis y la letra que tanta importancia asumía en “La carta robada” se reintroduce en su dimensión lógica. El inconsciente estructurado como un lenguaje es lugar de inscripción, de escritura.

Pero la escritura inconsciente es operación de cifrado, cifra. El inconsciente se le presenta a Freud como un mensaje cifrado que, por ende, se descifra. Los tres textos clásicos de las formaciones del inconsciente no son más que un desciframiento de la dimensión-dichomansión significativa pura. Lo que Freud opera es una traducción en la que consiste el goce que él le supone al proceso primario. S_2 resume, como matema, el saber inconsciente, y en la operación de cifrado de ese saber yace el goce mismo. La modificación de los tropos de la metáfora y la metonimia en *Radiofonía* ya marcaban esta dirección.

Si las formaciones del inconsciente son mensajes cifrados, éstos son escritos, y el significante reprimido en el análisis retorna como letra, pues en el discurso analítico "se le da a todo lo que se enuncia de significante otra lectura que lo que significa"⁷. Lacan insiste al respecto en la diferencia entre la dimensión de lo escrito y la dimensión significativa, pues la primera nos introduce en la dimensión de la lectura, la lectura de lo que se escucha de significativo. La letra como tal es efecto de discurso y cabe recordar que el discurso Lacan lo introduce con una referencia a un discurso sin palabras. Esta referencia a la letra, que como en *La identificación* Lacan relaciona con la marca de fábrica como origen de la escritura, debe contextualizarse en función de la precisión que realiza al señalar que las letras con que nos movemos, salidas del discurso analítico, tienen un valor diferente al que pueden tener en relación a las letras de la teoría de los conjuntos. Al referirnos más adelante al problema del Uno en su articulación con la lengua retomaremos esta articulación.

La lógica aristotélica proposicional se estructura a partir de la división de las proposiciones en universales y particulares. Se llama universal a la proposición en la que algo pertenece (un predicado) o no a todo (sujeto), y particular a la proposición de que algo pertenece a algún. Esta diferencia entre todo y algún es una diferencia de cantidad, mientras que la diferencia de cualidad corresponde a la afirmación o a la negación de la pertenencia. Combinando cualidad y cantidad tenemos las cuatro formas clásicas de la proposición, a las que Lacan se refiere reiteradas veces a lo largo de su seminario. En lo referente a este tema seguimos los desarrollos sobre el cuadrado lógico y el modal propuestos por J. -A. Miller en su curso de 1984-85, titulado 1, 2, 3, 4.⁸

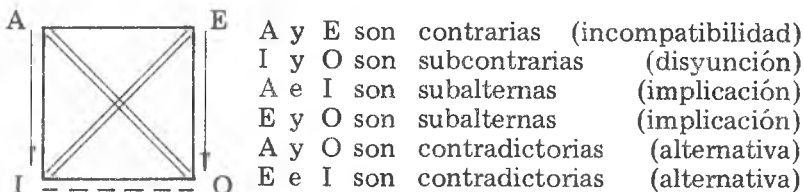
<i>Universal afirmativa:</i> Todo X es Y	se la designa A
<i>Universal negativa:</i> Ningún X es Y	se la designa E
<i>Particular afirmativa:</i> Algún X es Y	se la designa I
<i>Particular negativa:</i> Algún X no es Y	se la designa O

El universo de discurso proposicional aristotélico se limita a estas cuatro proposiciones y a sus combinaciones posibles.

A partir de las oposiciones que pueden realizarse entre estas proposiciones se estructura el cuadrado lógico clásico según Aristóteles:

1. *Contrarias*: Ambas proposiciones no pueden ser verdad a la vez, pero sí pueden ser falsas a la vez.
2. *Subcontrarias*: Ambas no pueden ser falsas a la vez, pero sí pueden ser verdaderas a la vez. Si una de ellas es falsa sabemos que la otra es verdadera, pero si una es verdadera no sabemos si la otra puede serlo.
3. *Contradictorias*: Son las verdaderamente alternativas, si una de ellas es verdad la otra es falsa y viceversa. Conociendo el valor de verdad de una de ellas puede conocerse el valor de verdad de la otra.
4. *Subalternas*: Si la subalternante es verdadera, la subalterna también lo es; si la subalternante es falsa, la subalterna también lo es.

La relación oposicional entre las cuatro proposiciones se define por el cuadrado lógico tradicional:



Estas proposiciones son consideradas como categóricas, negación o afirmación de la inherencia de un predicado en un sujeto.

A su vez las proposiciones son clasificadas por Aristóteles como:

1. *Asertóricas* o *afirmativas*: indican la simple inherencia del predicado,
2. *Apodícticas*: casos en que la afirmación y la negación se refuerzan respectivamente, como por ejemplo, la necesidad y la imposibilidad,
3. *Problemáticas*: la afirmación se debilita hasta la simple posibilidad. Estas últimas subrayan la originalidad del ser en potencia que, como tal, es equidistante entre el ser en acto y el no-ser.⁹

Recordemos que Lacan manejó estas proposiciones según el diagrama circular de Pierce, para hacer surgir así el problema de la excepción, del (-1).

Los problemas de la universal se centran en el problema del grado de compromiso ontológico que implica. Por ejemplo, cuando el universo de discurso al que se refiere la universal positiva es un universo vacío, ¿qué ocurre? La universal negativa es perfectamente compatible con ese universo vacío. De este modo, A y E, pueden estar en disyunción respecto a la afirmación de existencia. Ejemplo de ello es el trazo vertical que Lacan toma como ejemplo en *La identificación*. La existencia queda cuestionada a partir del momento en que nos percatamos de que la universal es cuestión de definición, pues toda definición debe ser cuestionada a partir del hecho de si hay o no una existencia que corresponda a ella. Cuestionamiento posible precisamente por el papel clave de la universal negativa.

Los problemas de la particular son de otro orden, pues la particular misma entraña una postulación de existencia.

Las universales se diferencian mediante dos términos: todo y ningún. Las particulares sólo disponen de un término único: algún, que recubre las dos relaciones subcontrarias: algunos sí y algunos no. La proposición "algún X es Y" puede ser interpretada de dos maneras diferentes: (a) quiere decir que al menos un X es Y o (b) algún X es Y, lo cual excluye que todos los demás X sean Y. El problema formal es decidir si la particular afirmativa incluye el no-todos, es decir, el caso (b). En la formulación tradicional no se excluye el todos. El cuadrado lógico excluye un cuantor que será el valor propio de: algunos pero no todos. Este cuantor, que Aristóteles excluye, Lacan lo toma para hacer de él una relación constituyente de la sexuación femenina y, como vimos, también de la lengua, del goce, de la verdad. Este no todo es diferente al casillero vacío de la universal.

La lógica modal, por su parte, se caracteriza por la presencia en las proposiciones de los términos necesario, contingente, posible e imposible. El origen del término modalidad surge de la posibilidad de transformar o matizar la inherencia del predicado al sujeto en la proposición categórica. Las proposiciones modales son *modos*, es decir, términos que modifican la inherencia del predicado. En nuestras lenguas esta modificación o determinación se expresa habitualmente mediante un adverbio o una proposición completiva (proposiciones que juegan el papel de complemento). Por eso se la llama lógica del adverbio, pues son modales todas las proposiciones afectadas por una determinación adverbial.

Tras esta definición creo que resulta claro por qué Lacan inicia su Seminario . . . *o peor*¹⁰ subrayando el carácter adverbial de su título y alertando que no se lo debe sustantivar, es decir, hacer de él *lo peor*.

Clásicamente tenemos las siguientes modalidades ónticas, pues existen también modalidades temporales (siempre por ejemplo), deónticas (obligatoriamente, se debe que) y epistémicas (es sabido, notoriamente), modalidades en las que la elección de los elementos iniciales o términos indefinidos a partir de los que se definirán los demás términos presenta en Aristóteles ciertas hesitaciones. Clásicamente tenemos entonces:

Posible. Su definición en Aristóteles oscila entre dos acepciones: una, la de lo posible y la otra, la de lo contingente; ambos términos por momentos se recubren. Actualmente, para evitar esta ambigüedad se establece la siguiente diferenciación:

Posible: se lo designa también como posible unilateral, caracterizado por el hecho de que lo necesario implica lo posible. Es posible que *c*.

Contingente: designado como posible bilateral, pues excluye a la vez a lo necesario y a lo imposible. Es contingente que *c*.

Necesario: es necesario que *c* es su formulación o es imposible que no *c*. $\square c$.

Imposible: es imposible que *c* o bien es necesario que no *c*.

Podemos dibujar un nuevo cuadrado lógico con las modalidades:¹¹

$\square p$ Necesario

$\square \sim p$ Imposible



$\sim \square \sim p$ Posible

$\sim \square p$ Contingente

J. -A. Miller¹² ha señalado que dentro de este contexto Lacan realiza un uso particular de las modalidades. En primer término, así como trabaja con el no-todo que Aristóteles excluye, en este caso, igual que éste, no diferencia a menudo contingente y posible, “es contingente que c” equivale para él a “es posible que c”.

En la base del cuadrado lógico que Lacan construye invierte la posición de lo posible con la de lo contingente, de modo tal que lo imposible se opone a lo contingente y lo necesario a lo posible.

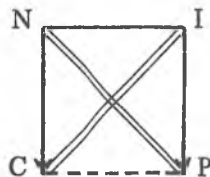
La aclaración sumamente valiosa que introduce Miller es señalar que el imposible lacaniano se diferencia del imposible clásico, al que considera un falso imposible, puesto que el cuadrado modal reduce lo imposible a una forma de lo necesario. Imposible y necesario equivalen a la relación entre la universal positiva y negativa, sin delimitar un verdadero imposible lógico, que funda lo real como lógicamente inverificable.

Sabemos que en este punto Lacan se apoya en el teorema de Gödel, pues el imposible que intenta articular es un imposible absoluto, que implique una contradicción tal que ésta sea imposible de escribir en ese sistema lógico; si se escribiese, el sistema mismo se anularía.

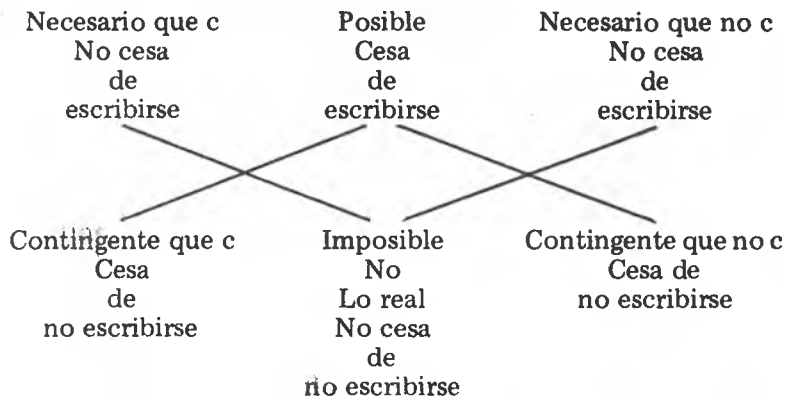
La complicación agregada es, además, la definición que da Lacan de los cuatro términos, pues los caracteriza justamente según si se escriben o no, por un lado, pero además incluyendo una modalidad temporal, el cesar de escribirse, o no.

Combinando estas características tenemos pues las siguientes definiciones y el cuadrado lógico que de ellas se deduce:

Necesario: no cesa de escribirse
Imposible: no cesa de no escribirse
Contingente: cesa de no escribirse
Posible: cesa de escribirse



Su forma más detallada y diferenciada, incluyendo estas modificaciones, la da Lacan en *Les non-dupes errent*, en febrero del 74.¹³



Lacan considera a esa fórmula como no pudiendo ser negada, por eso escribe no, pues en relación a ese lenguaje formal el principio de contradicción forcluye esta fórmula.

Con estos elementos retomemos pues la problemática de la estructura de lenguaje del inconsciente en su relación con la sexuación.

La sexualidad está en el centro de todo lo que acontece en el inconsciente en la medida en que es una falta, es decir, debido a la inexistencia de la relación sexual, o sea a que ésta no cesa de no escribirse en él. Por lo tanto, la inexistencia de la relación sexual, su imposibilidad, son fundamento de la existencia del inconsciente, en tanto que al estar estructurado como un lenguaje, no existe en éste nada que permita escribir a La mujer como función universal.

La imposibilidad de la relación sexual condiciona los “impasses” de la función del goce sexual, en la medida en que surge como mito del goce absoluto, todo, cuya inexistencia Lacan —ya dijimos— planteó, y que se funda en ese otro punto de real que es el (a) a través de la *Tyche*.

Lacan dice explícitamente que esta disyunción del goce sexual es correlativa de la lengua como real.¹⁴

En el “Atolondradicho”, Lacan puntúa que en su axioma clásico dijo que el inconsciente está estructurado *como* un lenguaje, no *por* el lenguaje. *El* lenguaje, por la sola presencia del artículo definido, marca una estructura gracias a la cual hay efectos de lenguajes, entre los que se puede optar, lo cual

da al *como* su alcance preciso. "Los lenguajes caen bajo la acción del *notodos* (. . .) no es otro en ellos el sentido de la estructura (. . .)." El inconsciente, entonces, "por estar estructurado como un lenguaje, esto es, la lengua que habita, está sujeto al equívoco con que cada una se distingue. Una lengua entre otras no es otra cosa sino la integral de sus equívocos que de su historia persisten en ella (. . .). Es la veta en la que lo real, el único para el discurso analítico que motiva su desenlace, lo real de que no hay relación sexual, ha dejado su sedimento en el curso de los siglos".¹⁵

Creo innecesario comentar esta cita que condensa una parte importante de lo hasta aquí explicado.

El goce del inconsciente, esa "otra satisfacción", se sostiene en el lenguaje, que se transforma ahora en aparato de goce. El lenguaje es la estructura que como tal motiva ese real que es el no hay relación sexual y a la vez tapa ese agujero en lo real. A diferencia de su definición anterior del inconsciente como pensar sin yo, Lacan dice en *Aun*: "el inconsciente no es el ser que piensa, es que el ser hablando goza y no quiere saber nada más".¹⁶ S_2 , la articulación de significantes en el inconsciente que Lacan llama saber, se limita a este goce imperfecto del bla-bla. El inconsciente como lugar de goce es el goce mismo del cifrado que la lengua hace posible.

Por más que intentemos extremar su cifrado, el lenguaje nunca "largará" nada en lo tocante al sentido, pues él ocupa el lugar del sentido, al taponar lo imposible de la relación sexual. El equívoco que es la ley de la lengua produce como tal la abolición del sentido, por eso no podemos hablar de código. La batería significativa de la lengua sólo incluye la cifra del sentido. Se presta de este modo al equívoco cualquiera sea la unidad que elijamos: la palabra, la frase u otros permiten una gama heteróclita, insólita de sentidos. Cualquier unidad significativa puede ser usada como mensaje cifrado. Lo imaginario detiene el desciframiento, cuando se cree llegar a un sentido; pues dijimos el único sentido es el sin-sentido de la relación sexual. Por eso "el lenguaje sólo parece semblante de comunicación, sueño, *joke*, lapsus".⁷

La imposibilidad de la lengua, su no-todo, implica una rearticulación de algunos puntos de la teoría del significante.

Primero, Lacan ubica ahora al significante a nivel de la sustancia gozante y precisa que el Uno de la lengua no se limita

al fonema; el proverbio, por ejemplo, es también unidad significativa.¹⁸

Asimismo, Lacan prefiere sustituir el arbitrario saussureano por lo contingente, tal como fue antes definido, del significante.

Esta contingencia se aplica también a la función fálica, pues ella cesa de no escribirse. La contingencia resume porque en el ser hablante la relación sexual depende del encuentro.

Ahora bien, hemos definido la lengua, ¿cómo se define en este punto el lenguaje?

El lenguaje no existe primero, el lenguaje es lo que el discurso científico trata de saber sobre la función de la lengua. Aunque, sin duda, el lenguaje está hecho de la lengua. No es más que una elucubración de saber sobre ella. Pero el saber del inconsciente difiere de esa elucubración de saber que es el lenguaje, porque es un *savoir-faire* con la lengua.

En la medida en que, como ya se dijo, el inconsciente se sostiene, Freud así lo demostró, en el desciframiento, sólo puede estructurarse como un lenguaje siempre hipotético respecto a lo que lo sostiene, la lengua.

Si recordamos que la única definición del significante es su diferencia con otro significante, es la introducción misma de la diferencia la que permite extraer el significante de la lengua.

Esto lleva al problema del significante 1, el S_1 , el hay Uno. Ya mencionamos la relación del Uno con la inexistencia. La inexistencia —dijimos— funda la nada, o sea la falta. El Uno comienza a nivel del Uno que falta, el conjunto vacío lo representa. Ese conjunto vacío no contiene ningún elemento y, empero, es Uno. Se establece así la diferencia entre el Uno del conjunto y el Uno del elemento. El Uno como tal no puede fundarse en la mismidad, tampoco en el caso del elemento, pues por el axioma de extensionalidad un elemento no puede estar dos veces en un conjunto. La única existencia del Uno es pues matemática.

El Uno del elemento no pertenece, a diferencia del Uno del atributo, a ningún universal, la teoría de los conjuntos precisamente disocia el atributo del predicado. Deshace así lo Universal que funda el atributo común.

En la lengua puede delimitarse ese elemento que es el significante Uno, que no es un significante cualquiera. El es el orden significativo, el S_1 , enjambre (homofonía, en francés,

de la pronunciación de S_1 y de *essaim*), asegura la unidad. El no es uno-entre-otros, es el elemento, ese significante Uno que asegura la "copulación" del sujeto con el saber, S_2 ; o sea que cumple con la definición del significante como lo que representa un sujeto ante otro significante: $S_1 (S_1 (S_1 (S_1 \longrightarrow)))$.

En la lengua el Uno encarnado queda entre fonema, palabra, frase y hasta todo el pensamiento.

Para finalizar, quisiera referirme brevemente a las fórmulas de la sexuación, pues ellas son necesarias para hilar ciertas conclusiones sobre el inconsciente estructurado como un lenguaje y sus leyes con la sexualidad.

Dijimos ya que la fórmula ausente es la que definiría a la mujer por su negación de la función fálica: $\forall x \Phi \bar{x}$.

Lacan funda, sin embargo, lógicamente la sexuación femenina transformando la negación en negación del cuantor universal y no de la función fálica: $\forall x \Phi x$.

Esta fórmula indica que la relación de las mujeres con el falo es contingente. Del lado fálico la universal es afirmativa: $\forall x \Phi x$ es, pues, una relación necesaria, que no cesa de escribirse y que funda el todo hombre.

Pero ambas universales deberían, de acuerdo a lo dicho acerca de la universal y la excepción, fundarse en (-1), el al menos Uno que escapa a la regla. ¿Qué ocurre pues en cada caso a nivel de la particular?

Del lado femenino tenemos, no la excepción, sino su inexistencia o, en otros términos, la negación de la excepción que es correlativa a la negación del cuantor Universal: $\exists \bar{x} \Phi \bar{x}$.

Así escribe Lacan lo que, casi al inicio de su enseñanza, llamó la privación: a la mujer en lo real nada le falta, es decir, su no castración. Pero la inexistencia de la excepción es lo que hace que falte el límite que cierra el conjunto del universo de discurso. Por eso La mujer, como la lengua, son designadas por Lacan como conjuntos abiertos. Sólo se las puede, a ambas, enumerar, contar y por eso el transfinito cantoriano y su signo de lo enumerable, Aleph_0 , se opondrán al Uno del conjunto del todo-hombre.

Del lado masculino, la excepción es el al menos uno, que escapa a lo imposible de la relación sexual, el que tiene el todo de las mujeres, el padre mítico de *Totem y Tabú*. El es el límite que delimita el conjunto del todo-hombre: $\exists x \Phi x$. Existe al menos uno que dice que no a la función fálica.

La mujer como no-toda se instala pues en una dualidad, tiene y no tiene que ver con el falo, y si ella encarna el Otro sexo, es esa encarnación en el lugar del A, donde también se instala la función fálica, lo que le da a ese Otro lo que Lacan en *Aun* llama su bizquera.

Entre las dos universales, o sea $\forall x\Phi x$ y $\overline{\forall x\Phi x}$, la única mediación posible es la del deseo causado por el objeto (a).

Del no-todo que Lacan inventa, pues en lógica no existe, que hace del axioma "el inconsciente está estructurado como un lenguaje" una elaboración de saber sobre la lengua no-toda, se deduce qué caracteriza el decir (o sea el discurso) del análisis, o sea la interpretación.

Define los puntos nodales que articulan la interpretación, habiéndola definido antes como yendo hacia el sentido en contra de la significación, y enfatizando su carácter de enigma, de oráculo, de medio-decir de la verdad, "la interpretación es equívoca, no es para ser comprendida sino para producir oleaje".¹⁹

Los tres puntos nodales son:

1. La homofonía, de la que depende la ortografía. Aquí juegan metáfora y metonimia, que no responden a la represión sino al cálculo poético, y le toca al analista, al usar la retórica, emplearlas donde conviene.
2. La gramática implica "que los sujetos repasen su lección en su gramática". Aquí la pulsión y el fantasma funcionan como trasfondo.
3. La lógica, que ordena la acción. Lacan llama en su seminario al discurso analítico "lógica de la acción". Lógica indispensable para captar el imposible al que arriba el análisis, que le permite así despojarse de la impotencia que enmascara la inexistencia del Otro, A.

Los tres puntos nodales de la interpretación que Lacan plantea en "El Atolondradicho",²⁰ retoman los apartados que hemos seguido en la organización de este trabajo, haciendo la salvedad de que el primer punto condensa lo incluido ya a nivel de la práctica en los Capítulos I y II, si exceptuamos el abandono del deseo de reconocimiento.

Hemos excluido intencionalmente, por razones de tiempo, el desarrollo de la topología, que es fundamental en esta época y a la cual Lacan considera como la estructura misma en "El

Atolondradicho". Por las mismas razones hemos obviado mayores detalles sobre el discurso analítico y el concepto, fundamental, de semblante.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. J. Lacan, "Radiophonie", *Scilicet* 2/3, Seuil, París, 1970.
2. *Ibid.*, p. 58.
3. *Ibid.*, p. 64.
4. *Ibid.*
5. *Ibid.*, p. 69.
6. *Ibid.*
7. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XX, *Encore*, p. 36, Seuil, París, 1975.
8. J.-A. Miller, 1, 2, 3, 4, Curso 1984-85. Inédito.
9. W. y M. Kneale, *El desarrollo de la lógica*, Tecnos, Madrid, 1980.
10. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XIX, . . . ou pire, 1ª Clase.
11. J. L. Gardiés, *Essai sur la logique des modalités*, P.U.F., París, 1979.
12. J.-A. Miller, *ob. cit.* 1, 2, 3, 4.
13. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XXI, *Les non-dupes errent*, lección del 19-2-74. Inédito.
14. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XIX.
15. J. Lacan, "El Atolondradicho", en *Escansión N° 1*, p. 63, Paidós, Bs. As., 1984.
16. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XX.
17. J. Lacan, "El Atolondradicho".
18. J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XX, p. 23.
19. J. Lacan, "Conferences et entretiens", *Scilicet* 6/7, p. 35.
20. J. Lacan, "El Atolondradicho".

INDICE

Nota de presentación	5
Introducción	7
<i>Capítulo I</i>	
La palabra, la muerte y la ley de la alianza	9
<i>Capítulo II</i>	
La estructura de lenguaje del inconsciente y el complejo de castración	24
<i>Capítulo III</i>	
Lógica del Uno y gramática de la pulsión	49
<i>Capítulo IV</i>	
Lo real de la lengua y la mujer	82